



EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 6 de Febrero de 1913.

Núm. 6.

LA AZCARATADA

En varios tonos y en diverso estilo...
ESPRONCEDA

De sentido común

Nadie creería, aun cuando diesen fe de ello cincuenta notarios, que Azcárate fué invitado á Palacio sin haber explorado antes su voluntad. Es absurdo suponer que el jefe del Gobierno hubiera expuesto la Corona á un desaire.

Aparte de que, el haberlo invitado sin advertírselo, habría sido ofenderlo gravemente; hubiera equivalido á decirle:

«Estamos tan seguros de que contamos con usted para todo lo que pueda fortalecer la Monarquía, que ni hemos querido consultarle.»

Quedemos, pues, en que Azcárate conoció de antemano los propósitos del Gobierno.

El primer deber

¿Cuál era el de Azcárate, sabiendo esos propósitos, y aun cuando no los hubiera sabido? Pensar en que era republicano antes que funcionario público. Respetar una convicción, antes que cumplir un deber de cortesía. Mantener un legítimo orgullo, antes que satisfacer una vanidad mezquina.

¿Porqué faltó á ese deber? El lo sabrá. Lo que no puede admitirse, es que se le disculpe diciendo que acudió por obediencia de funcionario y por cortesía de caballero. A ciertas alturas el hombre no se pertenece, y tiene que meditar mucho el alcance de las resoluciones que toma.

¿O es que Azcárate no pensó que su ida á Palacio, aun yendo con las intenciones mas rectas, regocijaría á los monárquicos y dividiría á los republicanos? No lo juzgo tan torpe, ni creo que le desvaneciera tanto la idea de que iba á hablar con el Rey, que no pensara en las consecuencias de su visita.

Por esto prefiero creer que acudió á sabiendas de que iba á perturbar al partido republicano. Suponer que obró inconscientemente, sería menospreciarle demasiado.

Inadmisible

Cree Azcárate justificar el paso que ha dado diciendo que continuará siendo republicano, sin advertir que le añade gravedad con esto.

Un hombre que ha dicho tantas veces que hubiera sido monárquico en la liberal Inglaterra, y que sale de Palacio convencido de que el rey de España es liberal, ilustrado y hombre de su siglo, no

puede, sin ponerse en contradicción consigo mismo, negarse á prestarle su personal concurso para que desarrolle esa política, que él considera salvadora.

No hacerlo, es exponerse á que la opinión diga: «O entonces ó ahora no ha dicho verdad. Un político de su talla no tiene derecho á poner su fama de consecuente sobre la felicidad de su país.»

El patriotismo impone sacrificios, como la conciencia marca derroteros, como el error exige rectificaciones.

Y hablo de este modo, por saber lo que haría yo si en el caso de Azcárate me viera.

Si; si yo, que siempre fui republicano, creyese hoy que la Monarquía, régimen de casta y privilegio, pudiera, liberalizándose, poner remedio á los males de España con la premura que su intensidad reclama;

Si admitiese la posibilidad siquiera de que la voluntad del rey que nos ha pintado el Sr. Azcárate, pudiera hacer variar por completo la faz de un país agotado por los impuestos, roído por la miseria, despoblado por la emigración, dominado por el clericalismo, degradado por la ignorancia, y, lo que es peor aún que todo eso, falto de fe en la religión de la justicia;

Yo, que he sido y soy republicano precisamente por acabar con todo eso, y por creer que sólo la República puede lograrlo;

Yo me creería un mal patriota, un cobarde y un egoísta, si no pegara un puntapié á mi consecuencia, para que mi país pudiera llegar sin perturbaciones grandes, sin sacudimientos fuertes, y sin luchas sangrientas, á la consecución de sus deseos.

Y yo estaría ahorcado dentro de mí mismo, si por no ser calificado de inconsecuente, ó por faltarme valor para pisotear una historia más limpia y más rectilínea que la del Sr. Azcárate en el partido republicano, dejara de ofrecerle á mi patria el sacrificio de mi fama.

Y las censuras, y las recriminaciones, y los ultrajes que por ello recibiera, yo los consideraría tan gloriosos como el militar las heridas que recibe dando la cara al enemigo para salvar el honor, la vida ó el porvenir de su patria; que tal serenidad presta, tales fuerzas da, y tales milagros obra la convicción en el hombre que obedece á móviles levantados al tomar resoluciones honradas sin cuidarse de si serán ó no bien comprendidas.

Así pienso yo, y así obrara, si creyese que la Monarquía podía darle á España lo que para ella anhelo; mas como creo que sólo puede alcanzarlo con la Repu-

blica, sigo siendo republicano, y luchando porque la República venga, olvidándome de cuanto pudiera servir á mi ambición ó mi provecho, y renunciando hasta al reposo y la tranquilidad que tengo ya bien ganados.

Y pensando así, se comprenderá porqué no me explico que el Sr. Azcárate pretenda continuar siendo republicano, hallándose convencido de que la Monarquía puede salvar á España.

¿Ser yo republicano, no digo ya teniendo esa creencia, sospechando siquiera que me equivocaba? ¡Nunca! Estaría avergonzado de mí propio, y me escupiría á la cara cada vez que pasase delante de un espejo.

Sofisma vulgar

Dice Azcárate que una de las razones que tuvo para ir á Palacio, fué la de que, de no haber ido, habrían dicho que era por no perjudicar á Maura.

¡Tiernos escrúpulos, que no se compadecen con lo poco que le importó sacrificar á un correligionario en el Congreso, sirviendo así los intereses de la Monarquía! El hombre que desafió la opinión pública por cumplir lo que llamó un deber de conciencia, bien pudo haberla despreciado ahora.

Desde la fábula de los gatos que discutieron, después de haberse comido el capón, si debían comerse ó no el asador después de haberlo lamido, no he visto escrúpulo más exquisito.

¡Preocuparse de que pudieran atribuirle concomitancias con Maura, cuando él no hizo más que ayudarle siempre cuanto pudo, según *La Epoca* ha recordado piadosamente!

Mal anda Azcárate de argumentos para defenderse, cuando echa mano de sofisma tan vulgar.

Ardores de neófito

Lo que ningún monárquico había dicho jamás en alabanza del rey, ha llegado á los más apartados rincones por boca de Azcárate. No ha sabido encerrar en los límites de la prudencia sus ardores de neófito.

Esto me recuerda al joven judío que se hizo católico, y al día siguiente de verse pertrechado con el santo sacramento del bautismo, se fué al barrio hebreo y comenzó á insultar á todo el que encontraba.

«¡Canallas, que habéis crucificado á Cristo! ¡Raza de réprobos! ¡Miserables!» Estos y otros apóstrofes lanzaba, hasta que una vieja, al oírle: «¡Vosotros le cru-

cificásteis, vosotros!», contéstole con mucha calma:

—No, hijo, no; nosotros no fuimos; ni pudimos ser. ¡Si eso dicen que ocurrió hace mil ochocientos y pico de años!...

Quedóse desconcertado un instante el recién convertido, mas pronto se repuso, y exclamó con la precipitación de todo el que se ve cogido:

«¡Bien!... ¡Bueno!... ¡Si!... Habrá sido como usted dice... ¡Pero yo me he enterado ayer!».

Siempre fueron terribles por sus entusiasmos los que adoptaron las ideas que hablan combatido.

¡Hablad por mí, Pablos y Agustines, precursores en esto de los Gumersindos!

Pero, no; perdonadme si la comparación os ofende. Vosotros no pusisteis un pie á un lado de la frontera que separaba el paganismo del cristianismo y el otro pie al otro lado.

Respuesta

¿Que si me parece mal que los republicanos aplaudan al rey cuando tome alguna iniciativa provechosa para la nación?

No pudiendo censurarle si un día tomase alguna que le perjudicara, si me parece mal.

Tuviera yo libertad para juzgar sus actos, y no le faltaria mi aplauso cuando lo mereciera.

Eso, si; con mucha más mesura que lo ha hecho Azcárate.

Por respeto hacia él.

Y hacia mí.

Trato leonino

¡Qué situación tan despejada, tan hermosa, tan envidiable sería hoy la de Azcárate en el republicanismo, si, guardando todos los respetos debidos á la Corona, se excusa de acudir á Palacio, renuncia á la Presidencia del Instituto de Reformas Sociales y somete después su conducta al fallo de sus correligionarios!

Todos los prestigios del republicanismo hubieran quedado bajo el suyo, la esponja del olvido hubiera borrado antiguas desconfianzas, desvanecido dudas, acallado recelos, y hoy estaríamos todos enorgullecidos de que fuera de los nuestros un hombre que había dado en estos tiempos de degradación tal ejemplo de fortaleza; y el nombre de Azcárate sería en adelante para nosotros garantía de esperanzas, atracción de voluntades, lazo de unión...

Mientras que hoy...

Entristece é indigna el ver que una causa tan grande produzca hombres tan chicos! ¡Que se cuiden tan poco de su fama ciertos hombres!

¡Dar tanto por tan poco!

¿Héroe, ó deserto?

¡Vaya unos políticos con pupila que estamos los republicanos! Veníamos desde el año 1873 basando nuestra propaganda revolucionaria en la afirmación de que la Monarquía española era incompa-

tible con la democracia, y ahora resulta que si lo es, según Azcárate y perspicaces advacentes.

Verdad que no es esta la única equivocación gorda en que hemos incurrido: lo menos c en veces durante ese tiempo (dos ó tres, un año con otro), hemos asegurado que la República estaba en puerta, sin haber tenido nunca el gusto de verla traspasar el dintel.

Pero ¡ah! ¿Qué luz ha brotado súbitamente en mi cerebro al mentar la palabra puerta?

¿Si la puerta á cuyo dintel estaba la República sería la de Palacio, y por esto Azcárate, al ver que la remolona no lo trasponía, llevado de generosa y patriótica impaciencia lo ha traspasado él, para traernosla cogida galantemente del brazo?

¿Si ese hombre será un héroe, en vez de un desertor? ¿Un intrépido cazador de Repúblicas, en lugar de un humilde mendigo de mercedes ó aplausos monárquicos?

¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!... ¡Hay cada fenómeno moral!... A lo mejor cree uno que un hombre es malo por el mero hecho de ser jesuita, y resulta que no es malo, sino que es peor.

Si lo que supongo de Azcárate se confirmara, habría que resucitar ahora aquella frase que estuvo en moda algún tiempo entre la gente alegre:

¡*Quel homme!* ¡*Quel dentiste!*

Parodia

«Y er zeñó don Felipe er Batato,
er campañero de aquesta Hermandá,
lo yamaron para ir al rosario,
dise que está malo, que no puede andá;
lo yamaron para beber vino,
dise que está gueno, que ar momento va.»

Aprendí de muchacho esta Campanita de las que cantan en Andalucía los días del Rosario, me ha venido ahora á la memoria, y la parodio en esta forma:

Y er zeñó don Azcárate el Sabio,
el hombre mazerio de aquesta nación,
lo yamaron pa unirse á los suyos,
y dise que nones, que no quiere unión;
lo yamaron para ir á Palacio,
y dise que gueno, que va de rondón.

El hombre que no quiso el verano pasado ir á entenderse con sus correligionarios en casa de Galdós, para haber trabajado luego juntos por la venida de la República, ahora ha acudido inmediatamente que lo han llamado á Palacio para contribuir á que se arraigue y afirme la Monarquía.

Esto si que no necesita comentarios.

Dimisión ó expulsión

Cuando estas líneas, escritas en la mañana del lunes, lleguen á ser leídas el jueves, supongo que el señor Azcárate habrá presentado la renuncia del acta de diputado, aunque no se la deba sólo á los republicanos, y la dimisión de miembro del Directorio de Conjunción republica-

na; ó que, si no lo hubiere hecho, sus electores de León le habrán retirado su confianza, cual otra vez hicieron, y el Directorio de la Conjunción le habrá rogado que no lo ponga en el caso de eliminarle de su seno.

Si se equivocó al ir á Palacio, por eso; por haberse equivocado; las equivocaciones deben pagarse en política, porque no perjudican sólo al que las comete, si no á la colectividad.

Y si no se equivocó, por esc; por haber dado el paso á conciencia de que iba á producir en el partido una división, no tan honda como él acaso supusiera, pero división al fin.

¿Que él demostrará que al ir á Palacio sus intenciones fueron rectas, no aceptando ni hoy ni mañana nada de lo que la Monarquía le ofrezca?

Esto no basta para absolverle. Perturbar al partido por imprevisión, ó perturbarlo por interés, el resultado es igual. Y hasta pudiera transigirse mejor con lo ú'timo. Entre el que causa un mal para alcanzar un provecho, ó el que lo causa por amor al arte, éste es el más digno de censura ó execración.

Conclusión

Y después de haber dicho lo que se ha leído, sólo me queda esta declaración que hacer:

Si el señor Azcárate se va á la Monarquía valientemente, no volveré á tomar su nombre en boca sino para aplaudirle cuando realice algo beneficioso para la patria.

Mas si se quedare entre nosotros, no le aplaudiré hasta el día que, haciendo honor á la firma que ha estampado últimamente en el Manifiesto de la Conjunción, afirmando que combatirá el régimen monárquico por todos los medios, lo vea en la calle al frente de quienes, sin haber firmado documentos revolucionarios, están siempre dispuestos á cumplir con su deber de republicanos.

Cosillas nuestras

Ideas fósiles

Al ver las vacilaciones que han tenido muchos republicanos antes de decidirse á condenar la ida de Azcárate á Palacio, y lo tibiamente que la han condenado muchos, he vuelto á pensar en lo que más de una vez he apuntado: que me he quedado tan atrás, que debo resultar una figura rara en política.

Juzgándome desapasionadamente, acaso yo no resultara un hombre progresivo: tengo una porción de ideas fosilizadas en el cerebro desde que comencé á pensar y escribir. Y si el progreso no es renovación ¿qué es?

Entre esas ideas figuran las siguientes:

«El hombre político, milite en el campo que quiera, debe aspirar al bien co-

lectivo, inspirando siempre sus actos en la justicia.»

«El que utiliza su influencia política para medrar, es siempre bajo una base de inmoralidad manifiesta: si es justo lo que pide, porque no debe cobrar el servicio; y si no lo es, porque no debe pedirlo.»

«Todo el que explota las ideas políticas no las profesa honradamente, como no ama a la mujer el hombre que le saca dinero. Son prostituciones gemelas.»

Con esas ideas y otras parecidas llené de joven el departamento político de mi cerebro, sin dejar espacio donde colocar las que más tarde adquiriera, y por esta torpeza, ó falta de previsión, me he encontrado luego sin saber donde almacenar otras, más nuevas, más prácticas, y por consiguiente, más aceptadas.

¡Oh jóvenes que comenzáis a vivir políticamente! Huid de imitarme. No le déis a ninguna idea, por justa que os parezca, sino albergue interino, y desechadla en cuanto surja otra que os permita elevaros ó enriqueceros. Todo lo fosilizado está muerto, y para vivir bien hay que conservar elásticos los músculos, desalquilado el corazón y abierto en par en par el cerebro, para que entren y salgan libremente las ideas.

Dilema

La alegría que yo siento al ver que no ha vuelto Maura al poder, excede en magnitud a la de los que se alaban de haberla impedido.

¿Por qué? Porque ha ahorrado al partido republicano una vergüenza y acaso una deshonra.

Vergüenza, si después de haber caca-reado tanto algunos señores que se oponían a su vuelta, nada hubiesen hecho.

Y deshonra si, por justificar sus amenazas, hubieran lanzado sin la preparación debida a una lucha desigual al Pueblo.

¿Que de donde saco yo que no estaban preparados? De las declaraciones que algunos de ellos han hecho.

¿Pero qué? ¿Es que lo están? ¿Entonces, a qué aguardan?

¿O es que se han preparado solamente para favorecer la Monarquía impidiendo la vuelta de los conservadores, que, según tantas veces han dicho, iba a provocar la revolución?

Porque, si es así, díganlo claramente, y el Pueblo verá con qué escoba ha de barrerlos.

¡Tolerancia!...

¡Compasión!

¡Pobres Tántalos atados
muertos de sed a la roca,
y con el agua a la boca
y a no beber condenados!

Paréceme que en esa redondilla, salida de mi cabeza, pinto mejor que lo haría en tres columnas de prosa cerrada la situación de esos infelices que, por circunstancias diversas, acaso ajenas a su voluntad, ó por afán de renombre, más fácil de alcanzar en los partidos populares que

en los conservadores, se han visto y se ven forzados a pasar por republicanos y a convivir con nosotros, sin sentir la convicción que afirma, estimula y sostiene.

En vez de censurarlos, deberíamos compadecerlos. El preso que asomado a la ventana de su celda ve la animación y la alegría de las gentes que pasan por la calle, no debe sentir tristeza mayor que la de los que contemplan entusiasmados los oropeles de la monarquía sin atreverse a acercarse y tocarlos públicamente; ni el hombre casado con mujer que le desagrada debe sentir rabia más grande, al pensar que no puede abandonarla sin producir un escándalo.

Seamos compasivos con esos desventurados Tántalos del republicanismo, y no nos cebemos en ellos si al fin se deciden a apostatar.

Bastante castigo han llevado con haber permanecido tanto tiempo entre nosotros, sufriendo, al mirar hacia la Monarquía, las angustias que debe sentir todo el que tiene a la vista lo que anhela y no puede alcanzarlo.

Cada vez que entro en la Casa de fieras del Retiro y veo enjaulado al león, amarrado en el establo al elefante y subido en un palo transversal al condor, pienso en el ansia de desierto, de selva y de aire que respectivamente sentirán, y pienso en las torturas terribles é infinitas que deben sufrir los hombres que respiran ambientes en que se ahogan. Y exclamo tristemente:

«¡Ay de los que viven fuera de su desierto, de su selva, de su espacio!

¡Ay de los que, sintiéndose demócratas, viven entre los absolutistas; sintiéndose demagogos, entre los conservadores; sintiéndose monárquicos, entre los republicanos!...»

Nostalgias del medio: ¡debéis ser más angustiosos que las de la patria!

Juego limpio

Si la Monarquía puede garantizar el ejercicio completo de la democracia, los que dicen que sólo por la democracia luchan, deben irse con la Monarquía.

Lo que no pueden, sin faltarse a sí mismos, es imitar a los que no creen en la vida eterna, y confiesan y comulgan, por si acaso la hubiese.

Apoyar directa ó indirectamente a la Monarquía, y no dejar de llamarse republicano por si acaso viene la República, es equipararse al jugador que ponía un duro pisando dos cartas, para decir luego que lo había puesto a la que salía.

Hay que jugar limpio, en el monte como en la política.

Los medios legales

Trátase de volver a poner en moda la teoría de que puede llegarse a la República por los medios legales. ¡Ojalá! ¿Quién pensaría en apelar a los de fuerza si eso fuera posible? Desgraciadamente no lo es.

¿Que en 1873 así ocurrió? Aparte de

que por haber ocurrido así nació la República muerta, fué necesario que el rey Amadeo abdicara para que aquel caso se diera. Y no suele ser la abdicación costumbre muy arraigada en los reyes.

Pero vamos a suponer por un momento que la monarquía se ha liberalizado ahora de veras, y que vienen unas elecciones, y que sacamos mayoría los republicanos. ¿Llegarían a reunirse aquellas Cortes? ¿A que no?

Y siendo así, y debiendo ser así, porque no hay individuo, ni organismo político, social ni religioso que al verse en peligro no agote todos los medios de defensa y resistencia ¿qué adelantariamos con sacar mayoría?

Es que en este caso, se me dirá tal vez, y una vez demostrado que el Pueblo no tenía medios legales para imponer su voluntad, estaría justificado el empleo de la fuerza.

¿Pero qué? ¿Los tenemos ahora? Pues nadie lo diría, a juzgar por las notas revolucionarias que han venido dando en los mítins hasta los Melquiades más templados. ¿De modo que hemos venido excitando al Pueblo a la lucha armada durante años y años, sin causa ni motivo justificado? ¿Que hemos estado a punto de perturbar hondamente al país, por mera garrulería oratoria, por echárnosla de valientes, por sport quizás?

Tremendos cargos podrían hacernos si resucitaran, aquellos que hemos lanzado a la muerte con nuestras predicaciones, lo mismo los fusilados, que los muertos en el presidio, que los devorados por el hambre...

Durísimas cuentas podrían también pedirnos los que viven aún expatriados, presos, perseguidos, sin hora segura para su libertad ni pan asegurado para sus bocas, y mirando tristemente hacia el hoyo del cementerio a donde la miseria condujo a los seres que amaron.

¡Mas no, no! No puede llegar el caso de que ningún republicano me diga eso... Sería demasiada torpeza, demasiado cinismo... ¡Y hasta demasiada crueldad con las víctimas!...

Por esto, debemos proclamar todos a coro esta verdad:

«Si perturbamos dos veces al país, en 1883 y 1886, no fué por odio a la persona que ejercía la jefatura suprema, ni por el afán de promover trastornos: fué por creer que España necesita transformarse, políticamente, moralmente y económicamente, y que subsistiendo la Monarquía es imposible.

De lo contrario, de no seguir declarando y sosteniendo que por los medios legales no puede llegarse a la República en España, quedaríamos incursos en la nota de mentecatos, falaces, embusteros, ó, lo que sería más bochornoso: estafadores de la opinión pública.

Hacer como hacen...

¡Oh vosotros, republicanos que por esos pueblos venís sacrificando tranquilidad, intereses, libertad y en ocasiones el pan de vuestros hijos, por conservar

puros, y que para recobrar todo eso que sacrificáis, no tendríais más que visitar al alcalde ó al cacique, y salir después desgañitándoos en a'abanza suya. ¿Por qué no lo hacéis, siguiendo los ejemplos que os dan desde la altura los que se dicen los mejores, los unos visitando al rey, los otros echando indirectamente memoriales para que los llame?

¿Que no lo hacéis, porque estimáis en mucho vuestra consecuencia y vuestra dignidad, como hombres y como políticos?

Admiro vuestro proceder y aplaudo vuestra respuesta; mas permitidme decir que hay figurines más nuevos en la moda política.

Filosofando

Es corriente tomar la palabra *democracia* en el sentido de modestia en la satisfacción de las necesidades de la vida y de llaneza en el trato.

Y en tal sentido, reconozco sin violencia alguna, que hay entre mis correligionarios de relieve algunos que sentaron plaza de demócratas para dejar de serlo.

Hay que ver lo inmensamente tontos que se ponen, en cuanto se enteran de que se come mejor en Lhardy que en una taberna, que el paño inglés es mejor que el de Béjar, y que se viaja más á gusto en coche salón que en tercera.

Verdad es que este fenómeno se da en todas las clases: por esto es más llano y accesible el duque que el portero; el coronel, que el sargento.

Flaquezas humanas de los que engordan de pronto.

Republicanos prácticos

Pelele.—Yo, por mi parte, soy zapatero y republicano. Si el Rey me invita á ir á Palacio, ¡el oficio es el oficio!, acudiré, no como republicano, sino como zapatero, y le haré los mejores zapatos del mejor cuero, cual corresponde á un artesano que necesita clientes que no regateen.

Tiquis.—Yo no sé hasta que punto la política trascendental puede aconsejar las visitas; pero sé, en cambio, que la corrección y la cortesía, ante una llamada de esa clase, imponen el deber de olvidar los desastres de la patria, la saña contra los correligionarios, las víctimas causadas por los gobiernos monárquicos.

Aciquis.—Hallo muy justo y muy razonable lo que usted dice. Yo acudiría además, por otra consideración: por demostrar á los extranjeros que los demagogos somos en España muy hidalgos y muy bien educados.

Sancho Panza.—Tenéis todos razón. Cuando te den la vaquita, acude con tu soguita; no quien naces, sino con quien paces; si por mi palabra me he de ver perdido, me cisco en mi palabra; ande yo caliente y riase la gente; más vale un tomo, que dos te dará; la ocasión la pintan

calva; cuando pasan rábanos, comprarlos; más vale pájaro en mano, que ciento volando; el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija...

—¡Basta, basta! exclaman los tres á coro: ¿A dónde vas á parar?

—A convencerlos á ustedes de que si el rey me llamase, también yo iría á Palacio.

¡Oh, la elocuencia!...

Estoy maravillado.

La síntesis de cuanto se ha dicho en los últimos mitins republicanos, ha sido ésta:

«¡Viva la República!» (allá en el Limbo).

«¡Viva el Rey!» (acá en España).

Y la masa ha respondido inconscientemente, impresionada por la elocuencia de los oradores:

—¡Bée!... ¡Bée!... ¡Bée!...

¡Qué desdicha esta de que en las plazas y en los mitins triunfen siempre los que mejor hablan, y no los que mejor piensan, los que mejor razonan, los que no llevan intención de alcanzar fama ó vender elixires!

Al Pueblo Republicano

Habilidad de Romanones, debilidad de Azcárate, lo que quiera que haya sido el acto que tanto se discute, de ti, y sólo de ti depende, Pueblo Republicano, que no cuajen los propósitos que unos y otros abriguen.

¿Qué has de hacer para ello? Emanciparte por completo de todos los que te toman como instrumento para lograr sus fines; darte una organización poderosa para imponer tu voluntad á los que hasta hoy te han impuesto la suya; dejarte ya de jefes que no te llevan á donde quieres, ocupados en llegar á donde desean; dárles á entender á todos que tú no necesitas á nadie, mientras todos te necesitan á ti; no dar crédito á las palabras de los que se han constituido en tus gulas, si no á las obras que ejecuten; dejarte ya de ídolos con cabeza de oro y pies de barro.

¿Que cómo podrás realizar eso que te digo? Organizándote, como alguna otra vez te he indicado, por provincias; nombrando un representante, que no haya sido jefe ni diputado, para que vaya á entenderse en el puesto que se elija con los de las demás, y unidos los 49, discutan, acuerden y fijen la ley del partido, nombrando después un directorio de su seno que se encargue de hacerla cumplir.

Y el que no se someta, sea quien fuere, á un lado. Un jefe sin ejército nada puede hacer: los soldados no se improvisan. ¿Que no resulta? Otro

Un ejército sin jefe puede hacerlo todo: nada tan fácil de improvisar como un jefe.

Ve pensando en lo que te digo, Pueblo Republicano, y acabarás de convencerte de que la fuerza reside únicamente

en ti; mas sino te convencieres, si persistieras en continuar como hasta aquí, procura cuidarte mucho la garganta, para poder seguir gritando con bríos:

«¡Viva Lerroux! ¡Viva Alvarez! ¡Viva Sol! ¡Viva la Unión! ¡Viva la Conjunción! ¡Viva el Radicalismo!», mientras se te van filtrando hacia la Monarquía los Azcárates, y algunos de los nombrados te hacen mezclar con esos vivas éste, que hasta ahora daban los monárquicos solamente: «¡Viva el rey!»

JOSE NAKENS

D. Segismundo Moret

Fué rudamente combatido por mí cuando cometió la torpeza política de creer que podía inocular savia democrática á la monarquía, y, sin embargo, la única vez que crucé mi palabra con la suya en el banquete que el marqués de Santa Marta dió á Galdós por el éxito de *Electra*, hizo un gran elogio de mí, delante de S. Ilmerón, López Domínguez, Canalejas, Romero Robledo, Azcárate, Romanones, Gualberto Ballester, Montilla y otros que no recuerdo. Esto prueba la amplitud de aquel espíritu caballeroso.

De su elocuencia maravillosa y de su gran cultura, no hay que hablar: eran por todos reconocidas y admiradas.

Su amor á la libertad fué siempre grande, tanto como el que por su patria sentía; y hubiera sido el primer hombre de la restauración, si su entereza de carácter hubiese estado á la altura de su gran entendimiento.

Si su muerte no ha alegrado á sus adversarios políticos, pues enemigos encarnizados no tenía, y en cambio ha apenado hondamente á sus infinitos amigos y admiradores fervorosos.

De pocos hombres de los que han ocupado el poder desde la revolución acá, na podido decirse otro tanto.

Mi pésame á su familia.

Carta á Mosén Prat

Querido amigo: He visto la noticia y relato de tu muerte y entierro. ¡Bravo!

En vez de llorar, alegrémonos. «La muerte de los justos es preciosa á los ojos del Señor». Muchas cosas buenas hiciste en vida: esta que has hecho en muerte ha sido mejor.

Has ganado la batalla. Los nombres de tus perseguidores serán arrastrados por las heces de las cloacas: el tuyo quedará glorioso y enaltecido.

Yo doy las gracias más sinceras á esos señores Laguarda, Palmerola, Lloberola y demás compañeros. Sin su magnífica persecución, tú habrías muerto como un beneficiado insignificante... como ellos. Ellos te han enaltecido: ellos han forjado, con el duro mazo de sus odios implacables, tu personalidad.

Sin su afanoso trabajo ¿qué habrías hecho? Pasarte los días y meses en la

aburrida y fastidiosa vida de un simple beneficiado de la Merced, mascullando rezos con los labios y echando las cuentas de la patrona con el pensamiento. Diciendo misas rutinarias, más preocupado de la devota que las oye que en la Hostia que en ellas se consagra. Escuchando sandeces en el confesonario, ó sufriendo las tentaciones de lubricidades torturantes. Siendo lacayo del obispo y *rezador* de beatas empecatadas. Pasando las eternas noches del esclavo que contempla su esclavitud, y envidiando la libertad de las gentes libres...

Y muriendo luego entre agonías de vergüenza, de arrepentimiento y de duda.

Esto les debes: el haberte librado de esa misera vida, que tiene por toda recompensa el *gamellón* que se da á cualquiera cerdo, sin necesidad de pasar por el Seminario.

La persecución te redimió. Alégrate. Has muerto... ¡cómo un hombre!

Esta es la prueba de que no eras clérigo del todo.

Tengo una deuda contigo: la de describir las grandes escenas de esa persecución, la más negra de las ejecutadas por la Iglesia moderna.

Esta deuda tengo con todos los amigos que han seguido y están siguiendo este camino. Pero ¿cómo atender á todos? ¿Voy á convertirme en un bolandista, redactor de *vidas de mártires* de los Nerones reinantes? Si todos decidís moriros, ¿cómo podré dedicarme á resucitar las vidas de esos otros muertos del martirologio pontificio?

Ayer Mir: hoy tú. ¡Apiadáos de mí, que no tengo más que una cabeza, asaz fatigada, y una pluma casi seca...

Estoy dando los últimos toques á la vida de Ignacio de Loyola, que tanto te divertía.

Mir, Loyola y tú... al mismo tiempo, estáis sobre mi mesa... ¿A quién atender?

Todo vendrá, tocayo.

Reconozco la deuda y procuraré atenderla cuando pueda.

Si en el otro mundo al cual has emigrado, te encuentras á Morgades, Sevilla, Rua y Spinola, cuéntales aquellos cuentos que tú sabes. ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!

Y, lo repito: muchas te hicieron en vida los clericales de Barcelona: la ¡que tú les has hecho con tu muerte, se ha cisca-do en todas.

Así los clérigos han de enseñar á morir á los seglares, condenados á ser eterna grey... en el camino de la esclavitud como en el de la libertad...

Di, de mi parte, á los barceloneses, que todavía hay otros casos en perspectiva. Los curas liberales han de acabar con las farsas de las abjuraciones á lo Ardieta.

El espectáculo de tu entierro ha de repetirse. Hasta que vean los *legos* que se reserva para ellos el cementerio católico, como *campo de la grey*...

Has triunfado. La enhorabuena, y de lo demás hablaremos cuando se pueda.

Por fin te han dejado en paz.

Tú, en cambio, comienzas ahora á darses guerra.

S. P. O.

España, paraíso de la libertad

A cada ley que se publica, oímos el mismo sonsonete, que la oficiosidad del gobierno hace repetir ahora comentando la Real orden sobre el Ejército y la religión:

«El Sr. Canalejas se había ocupado en este asunto y se pidieron á las naciones europeas y americanas cuantas disposiciones existían para los actos religiosos del ejército.

»Se puede asegurar que España es hoy uno de los pueblos más transigentes, y desde luego mucho más que Inglaterra, donde existe una gran rigidez.»

¡Qué risa! Siempre España resulta ser el país más libre del mundo.

Montjuich, Infesto, Jumilla, jesuitismo, frailería, denuncias, tiranía del matrimonio, monopolio de cementerios y de espectáculos religiosos... ¡Todo mentira! ¡Todo sueño!

Cárceles, multas, escritores en presidio, secuestros, estupro impune, gatos de Huerca... ¡Mentira, todo mentira!...

Lo dice el Gobierno.

La lámina de hoy

Del parte que el bravo guerrillero don Tirso de La Calle (*Cojo de Cirauqui*) pasó al gobernador civil de Navarra, copio estos detalles, suprimiendo los que se refieren á la defensa heroica que hicieron los voluntarios de aquella población.

«Entre siete y media y ocho de la mañana se presentaron nuestras familias, de orden de Dorregaray, cerca del Fuerte, intimándonos á nombre de aquel que nos rindiésemos. No habían concluido de hacernos la proposición, cuando las intimamos á que se retirasen, viéndonos en la dolorosa necesidad de preparar nuestras armas contra seres tan queridos para conseguirlo.

A las ocho principió el enemigo á arrojar botellas de petróleo, paja y otras materias combustibles, empapadas en dicho liquido, á un tejado; viendo no producían el efecto que deseaban, las arrojaron también por dos ventanas del Fuerte.

En tan apurada situación procedimos á destruir el altar mayor, tribunas de la iglesia y entarimado. ¡Vano empeño! Pues si fácil nos fué destruir las tribunas y parte del altar mayor, nos fué imposible de todo punto destruirlo todo, y mucho menos el entarimado de la iglesia, puesto que, careciendo de útiles, siendo corto el número de hombres y muchos los puntos que cubrir para contestar á los fuegos que á distancia ya de dos metros, y desde troneras, se nos hacía de las casas que casi tocaban al Fuerte, continuando la lluvia de petróleo que de un momento á otro iba á hacer que ardiese el edificio, sintiendo además un ruido

do casi bajo nuestras plantas, señal inequívoca de que había tres minas, una en dirección á la torre, otra al centro de la iglesia y la tercera á la derecha; y para que nuestra desdicha fuese mayor, se volvieron á presentar por dos ó tres veces nuestras madres, hijos, esposas y hermanas, una de ellas acompañada de Dorregaray, quien desde un balcón nos mostró un pañuelo blanco, sin descubrir el cuerpo, sin duda por *prudencia*.

Entonces, Ilmo. Sr., ante seres tan queridos y en la seguridad de morir *sin poder matar*, entró el desaliento, entre algunos y sonó la palabra *capitulación*.

¡Era la una de la tarde! Á esta hora se principió á discutir si se habían apurado ó no todos los medios de defensa; la mayor parte convino en que sí; pero en lo que hubo variedad de pareceres fué en la muerte que debíamos de elegir, si quemados en la iglesia, ó sepultados al reventar las minas, ó fusilados, como irremisiblemente lo esperábamos, puesto que jamás creímos en la palabra del infame Dorregaray. Tan grave cuestión se fió á la ley de la mayoría, se procedió á solemne votación, y siendo 62 los votantes, 32 optaron por rendirse y 30 por morir quemados.

Nuestro corneta dió la señal de ¡alto el fuego!, que repetida por otros del enemigo, cesó por ambas partes. Entonces el que suscribe oyó voces en el Fuerte que le indicaban fuese á conferenciar con Dorregaray, y cumplí tan doloroso deber.

Sin darme cuenta de lo que me hacía, sin levita ni kerpis y descalzo, me presenté al cabecilla Dorregaray; sé que al entrar lo hice muy excitado y faltando á la educación. Entonces Dorregaray, con risa sarcástica, me excitó á que tomase asiento y me calmase; y no habían transcurrido dos minutos, cuando entraron en la misma habitación nuestro jefe D. Joaquín Iriarte y el cabo Bartolomé Apesteguía y su hermano el voluntario Román Apesteguía, contuso en un pie de bastante gravedad, por haberle caído un madero al querer derribar el altar.

Dorregaray, dirigiéndose al que suscribe, á pesar de ser Iriarte jefe superior, le dijo expusiese el objeto de la entrevista; le manifesté que, aunque muchos, y yo entre ellos, habían optado por seguir defendiéndose, una mayoría de votos había acordado lo contrario, y que íbamos á pedir condiciones para rendirnos.

Me mandó formulase las que queríamos, y lo hice en los términos siguientes:

- 1.º Respeto á nuestra vida y libertad
- 2.º Igual respeto á nuestra propiedad y familias, incluso los efectos que en el Fuerte teníamos.
- 3.º Que teniendo sesenta armas del gobierno, las entregáramos con las municiones que en el Fuerte habla; pero que esperábamos dejase algunas escopetas de caza.
- 4.º Que á un soldado de infantería del regimiento de Sevilla, y otro que había desertado de las filas carlistas y se hallaba en el Fuerte, se les había de incluir en la capitulación.
- 5.º Que comprendiendo la predispo-

sición que contra mí había en el pueblo, como igualmente contra mis amigos don Joaquín Iriarte y D. Justo Cerio, tanto los tres, como cualquiera otro de los voluntarios, debían ser acompañados por fuerza suficiente hasta puerto seguro, eligiendo el que suscribe el pueblo de Larraña, para desde allí pasar á Tafalla.

Estas fueron las condiciones que formulé; y como añadiese el voluntario Román Apesteguía que algunos tenían necesidad de quedar en su casa para mantener las familias, y que temían fuesen insultados, le contestó Dorregaray: «Nada tema usted; daré órdenes oportunas y castigaré severamente al que siquiera de palabra se atreva á molestar á usted.»

Todo esto, Ilmo. Sr., ocurrió á presencia de varios cabecillas carlistas, entre ellos D. Jesús María Iribas, de Tafalla, amigo y pariente de Iriarte.

El infame Dorregaray, con una condescendencia que me hizo mucho daño por lo mismo que tanto me extrañaba, accedió á ello sin la menor objeción, diciéndome sólo que su soldado desertor tenía que sujetarse á un Consejo de guerra, pero que él se comprometía á interceder con el ministro de la Guerra, para que no fuese castigado con el rigor de la ordenanza. No se habló más de capitulación.

Iribas dijo á Iriarte que había visitado y consolado á su familia; Dorregaray expresó su sentimiento por los robos que en nuestras casas se habían cometido, manifestando que, más que á sus soldados, culpaba á los muchos paisanos que de los pueblos circunvecinos, en particular de Mañeru y Puente, habían llegado aquel día que Cirauqui parecía celebraba una gran feria; más que feria parecía una romería de San Isidro.

Evacuado nuestro cometido, nos dirigimos al Fuerte, á excepción de Román Apesteguía, que por hallarse casi imposibilitado para andar, quedó en la casa que habita su madre política.

Al llegar á la puerta, comunicamos á nuestros compañeros las condiciones de capitulación, que aceptaron sin vacilar; les dije entonces que fuesen dándome las armas con las fornituras y municiones, y viendo á mi derecha á Dorregaray con tres ó cuatro jefes, entre ellos D. Jesús María Iribas, de Tafalla, las fui recibiendo una por una y entregándolas en el acto al mismo Dorregaray, quien por medio de un oficial las distribuía á los soldados que tenía desarmados, y que me consta eran del 4.º batallón.

Hecha la entrega y retirado Dorregaray con los jefes, vinieron otros con Miguel Urra, de Cirauqui, y el cobarde Idoy, de Mañeru, y un tal Galina, quien me manifestó de orden del general venía á hacerse cargo de las municiones, escopetas, revólvers y cuantas armas hubiese de nuestra propiedad; y al objetarle que, según la capitulación, aquellas armas eran nuestras, me dijo que tenía que cumplir con su deber.

Entonces las entregué, si bien procurando ocultar los sables y revólvers bajo una colcha de cama; pero como de ello

se apercibiese Idoy, se apoderó de ellos. En este momento, viendo que tan inicuamente se faltaba á lo pactado, extraje con disimulo de mi maleta el dinero que tenía de mi propiedad y de fondos municipales.

En este estado, y en medio de una horrible gritería, llenóse el Fuerte de gente y principió el saqueo, pero saqueo en que no se perdonó ni el uniforme de los voluntarios, llevándose por consiguiente camas, ropas y cuantos muebles había, sin perdonar los cubiertos de plata, alhajas y dinero. Todo esto, y el haberse reclamado y obligado á presentar de orden de Dorregaray á tres subalternos suyos 30.000 reales que guardaba en mi bolsillo, me vino á demostrar que la capitulación era letra muerta y que muertos también seríamos nosotros; pero impotentes para intentar nueva defensa, nos resignamos, si resignación cabía contra tal infamia.

Serían las tres de la tarde, y todo quedó al parecer en calma, si bien notando una nueva infracción de lo estipulado, puesto que Dorregaray nos prometió poner guardia de cofianza, y sólo vimos gente de las partidas á quienes más habíamos perseguido siempre de frente y en campo abierto.

No habrían transcurrido diez minutos, cuando oímos una gritería espantosa, que con una confusión infernal pedían nuestras muertes, muy en particular la de *el Cojo*, nombre que dan al que suscribe, porque desgraciadamente lo es, demoliendo mientras tanto los tambores y demás obras de fortificación.

Durante estas ocurrencias, entró en el Fuerte el cabecilla Romero, excanónigo de Pamplona, quien después de haberme saludado habló á solas con el teniente de la compañía D. Cipriano Seminario, á quien á mi presencia y la de D. Joaquín Iriarte le dijo que deseaba conocer su hija y ver su casa, para lo cual deseaba le acompañase. Dicho Seminario á su salida prometió volver, pero no lo hizo así. Me permito llamar la atención de Vuestra Excelencia sobre esta circunstancia. ¿Qué hablaron en secreto Romero y Seminario? No lo sé, pero sí que éste ha marchado ó se dispone á marchar á Francia.

Al propio tiempo se presentó el tristemente célebre cabecilla Rosa Samaniego, é instó repetidas veces al cabo segundo de voluntarios, Angel González, á que saliera con él, más éste se negó rudamente, diciéndole quería seguir la suerte de sus compañeros. Es de advertir que Rosa y González se trataron de hermanos, y al retirarse aquél todos creímos ver en su cara la indignación que le había causado la contestación de su hermano.

Serían las cuatro poco más y creció el tumulto, llamándonos la atención que uno de los centinelas tirase la escalera de mano, que para comunicarnos con el coro estaba colocada en la habitación donde nos encontrábamos, y que en el mismo instante se presentara un jefe dicién-

do en frase dura que allí faltaban voluntarios.

Satisfecho al parecer dicho jefe con las contestaciones que se le dieron, salió de la habitación, y no habría pasado un minuto cuando oímos aumentar terriblemente la gritería, percibiéndose claramente los gritos: «¡A ellos! ¡A ellos! ¡No ha de quedar uno! ¡A la bayoneta! ¡Fuego! ¡No quede ni raza!», y otras mil frases repugnantes.

A la vez que vimos un grupo en la puerta, sentimos unas detonaciones que se confundieron con los ayes de los voluntarios; presencié que algunos calamitadamente heridos ó muertos, y por un agujero que el día anterior habíamos abierto en la habitación para facilitar la comunicación con el piso de abajo, nos tiramos algunos, ocultándonos entre y dentro de las cubas, y alguno en el lugar excusado, donde sufríamos una agonía peor cien veces que la muerte oyendo los lastimosos gritos de nuestros desgraciados compañeros.

Aquello fué horrible, Ilmo. Sr.; disparos y gritos de parte de los carlistas; terribles maldiciones de los que asesinaban en nombre de la religión; amenazas é insultos que avergonzarían al hombre más avezado al crimen; las voces de «¡no tirarles, que más padecerán muertos á bayonetas! ¡Cortadles las orejas! ¡Cortadles los...! ¡Arrastradlos! ¡Entregadlos al pueblo!» Todo esto Ilmo. Sr., unido á que, con algún intervalo, se oían voces casi apagadas que decían: «¡Por Dios, matadme!», nos horrorizó en términos, que de todo corazón hubiéramos deseado la muerte.

Muy pronto comprendimos que estábamos perdidos, pues vimos á la misma puerta de la bodega á un grupo que decía: «¡Aquí! ¡Aquí están estos herejes!», cuyo grupo entró en el local matando á todo el que encontraba.

Saciados sin duda de tanta sangre, y sin esperanza de encontrar más que derramar, se retiraron los grupos al toque de llamada á la carrera, oyendo entonces una voz que en la habitación de arriba les apostrofaba, tratándoles de cobardes y asesinos y diciéndoles que habían deshonrado su partido y que nunca podrían lavar la mancha que sobre él mismo acababan de echar.

A las fuertes exclamaciones siguió un rezo en latín, que el que suscribe comprendió perfectamente era el responso de difuntos. Entonces animé á mis compañeros, diciéndoles: «*Nos hemos salvado por el momento*». Y efectivamente, oímos la voz de uno que, ante esa escena fatídica, gritaba desconsolado: «¡Si hay alguno que se haya salvado, que salga!», y protestaba contra la matanza que se había hecho con personas indefensas.

Las reiteradas protestas contra tan vandálicos hechos, los repetidos y generosos llamamientos que algunos hacían por si alguno se había salvado, y las promesas, oídos en el lugar donde con otros compañeros me encontraba, así como la calma que renació en aquellos momentos en el cuartel, me significaron que nada de-

bíamos temer, y saliendo de donde estábamos ocultos, nos recibieron entre sus brazos varios sujetos, que dijeron ser del Estado Mayor de Dorregaray, diciéndonos que quedábamos en completa libertad y protestando de nuevo contra el inaudito crimen.

Sin demora, ¡ah, horror causa decirlo! me condujeron por la habitación en que lo menos treinta cadáveres de mis compañeros permanecían tendidos y hacinaados, á muchos de los cuales di la última prueba del cariño que les profesaba abrazándolos y besándolos. Viéronse mis compañeros obligados á molestarme á veces para separarme de mis compañeros muertos; si á la verdad trabajan con sana intención por calmar mi corazón traspasado de dolor, era imposible.

Al fin tuve la dicha de abrazar á 13 compañeros que, como yo, se habían salvado, y se me dijo que tres más, saltando por encima de las turbas, la muchedumbre y un batallón carlista, habían logrado fugarse, habiendo, por consiguiente, probabilidades de haberse también salvado; circunstancias que vinieron á mitigar mi dolor en algún tanto. Se me hicieron, lo mismo que á todos los compañeros, nuevas y enérgicas protestas contra tamaña infamia, y se nos dió palabra de que al momento íbamos á quedar en libertad; pero ¡oh dolor! á la media hora nos encontramos bajo una guardia cuyos individuos vestían los pantalones teñidos con sangre de nuestros hermanos.

En este estado continuamos dieciocho horas, esperando por momentos la muerte, cuando á las doce de la noche del 14 se nos manifestó que con toda seguridad, pero sin que los paisanos ni las partidas se aperciesen, íbamos á ser conducidos al Puente la Reina por ocho muchachos de confianza, dejándonos aquí en libertad. En efecto, así se hizo, y el 15, á las tres de la tarde, me encontraba en Pamplona con 16 compañeros.

Ahora, Ilmo. Sr., me veo en la necesidad de relatar lo que ocurrió fuera del cuartel el día 13 y siguiente, y cuyos hechos se me han comunicado por las viudas y huérfanas que han llegado á esta Plaza huyendo de los atropellos de que eran víctimas en Cirauqui, y cuyo relato es verídico.

A la vez que se entretenían los asesinos en hacer padecer á sus víctimas, otros, que gustaban más del robo que del asesinato, saqueaban nuestras casas; y no era un saqueo á la ligera, puesto que en casa de Iriarte, nuestro capitán, no solamente robaron cuanto había, sino que destrozaron tabiques y todos los muebles de lujo á balazos, temerosos de que fuesen reconocidos si los llevaban á sus casas. Igual conducta observaron en la mayor parte ó todas las casas de los voluntarios, y hoy mismo han llegado viudas de éstos asegurándome que, lo poco que habían respetado el día 13, lo han robado en los días 17 y 18, y que tienen la convicción de que destruirán cuanto queda si es que algo, y que se ven muy

amenazadas las viudas de todas las familias.

Las mismas me dan parte de que muchos cadáveres fueron despojados de toda su ropa, que estaban horriblemente mutilados unos, y otros cubiertos de heridas de balas y bayonetazos. Esta noticia me fué ya comunicada en mi prisión por personas carlistas y el médico que los reconoció. También se dió el inhumano caso de negarse los paisanos á conducir al cementerio los cadáveres, y hasta arrastrar alguno que otro por las calles.

Esto es lo ocurrido, Ilmo. Señor.; que se me caiga la mano con que lo firmo, si en lo más mínimo faltó á la verdad; y si en algo faltó, será en dejar de relatar alguna que otra escena que me es desconocida.

Tengo el sentimiento de acompañar á V. S. la relación marcada con el número 1.º, que contiene los nombres de los 37 muertos; otra con el número 2.º, de los que sobrevivieron a tanta desgracia.

No debo hacer, Ilmo. Señor, mención especial de ninguno de los voluntarios; todos, todos cumplieron como buenos, batiéndose con el mayor heroísmo; pero no puedo menos de hacerlo de la mujer del voluntario José Apesteguía, muerto á la vez que el hermano de éste, Martín José.

Esta mujer, de mejor instinto, de más penetración que los que optaban por rendirse, y, sobre todo, de un valor poco común en su sexo, suplicó mil y mil veces que muriésemos quemados y abrasados como buenos hermanos antes que rendirnos. Al ir á entregar las armas, con lágrimas de sangre y puesta de rodillas, reiteró la súplica; pero el pacto estaba hecho, y tan pronto sacaron las armas del cuartel, maldijo al enemigo y cayó de mayada.

A tan heroica mujer la salvó el cabecilla Miguel Urra, sacándola del cuartel y ocultándola en una casa, siendo inútiles cuantas diligencias practicaron los carlistas para encontrarla.

Uno de los voluntarios que huyeron al principio los asesinatos, y á pesar de haber sido herido de bala en un brazo, salió al campo, y cogido por dos bandidos de á caballo, le echaron una soga al cuello, y atado á la cola de uno de ellos, recibió fuertes contusiones de sable que hoy muestra al que quiera verlas, conduciéndole en este estado á distancia de un kilómetro. Entonces pasaron la soga del cuello al brazo, y haciendo que el caballo galopase, cuando le veían casi arrastrando, le decían: «¿Pensabas que no corrían los caballos de los carlistas?»

Así le llevaron hasta Lorca, presentándole á Dorregaray en un estado lastimoso, quien dispuso que, con arreglo á lo estipulado en la capitulación, quedara en libertad. Este voluntario, llamado Felipe Ezcurra, llegó ayer á esta plaza con la columna del brigadier Sr. Gardín.

Nada más resta que decir, Ilmo. Señor, sino que la inmensa mayoría ha quedado en la miseria; casi todos propietarios en

grande, ó por lo menos labradores bien acomodados, reciben hoy de sus amigos y correligionarios el pan para no morir-se de hambre y ropas para cubrir sus carnes.»

La felonía, la falta de cumplimiento á la palabra de honor empeñada, la crueldad, el asesinato de hombres indefensos, todo esto que constituye la esencia del carlismo, se ejerció completamente en Cirauqui, á pesar de hallarse al frente de aquellas hordas un hombre que había sido jefe del ejército español.

Y es que el carlismo es eso, y nada más que eso.

Apelación

Ante el Tribunal Supremo ha quedado interpuesta la de la sentencia dictada por el Juzgado sobre validez del matrimonio de Pey Ordeix. El pleito se sigue de Real orden.

¿No quedábamos en que la Monarquía se democratizaba?

¿No íbamos á agregar nuestra nación al resto de Europa?

Tienen la palabra los republicanos monarquizantes.

Subasta de imágenes y otros objetos artísticos

Sin anuncio previo, pero avisadas algunas casas que se dedican á la adquisición de antigüedades, se ha celebrado hoy á las once de la mañana en el Palacio Episcopal la subasta de buen número de objetos artísticos, procedentes de iglesias de la diócesis.

A dicha hora, é informados de la subasta por algunos anticuarios que llegaron ayer, acudimos al palacio episcopal, penetrando en la sala Sinodal, en la que se celebraba el acto bajo la presidencia del Gobernador Eclesiástico y los canónigos señores Cea y Vielva quienes, ante la presencia de varias personas, entre las que vimos á algún comerciante, procedieron á la apertura de los pliegos presentados, que no bajarían de seis.

Entre los objetos subastados figuran algunos de nuestra Santa Iglesia Catedral, entre ellos dos imágenes de piedra, un mueble, un copón y terciopelos, y de la de San Francisco una Purísima gótica del siglo VIII que estaba tasada en 3.000 pesetas, habiéndose ofrecido por ella 6.700.

La cantidad de todo lo subastado se eleva de 17.000 á 18.000 pesetas, habiendo quedado otros muchos objetos sin vender por falta de postor.

Ha llamado la atención de muchas personas la frecuencia con que se hacen ventas de esta naturaleza cuando por el gobierno hay dictadas disposiciones para impedir que se enajenen aquellos objetos artísticos que pueden figurar en los Museos de la Nación y que el Estado se encarga de adquirir con tal objeto, como ocurrió últimamente con la arqueta arábiga de nuestro primer templo.

El Diario Palentino

EL MOTIN



ASESINATO DE VOLUNTARIOS EN CIRAUQUI, LLEVADO A CABO DENTRO DE LA IGLESIA EL 13 DE JULIO DE 1873 POR LAS HORDAS CARLISTAS DE DORREGARAY.

Ayuntamiento de Madrid

Miguel Mir y el clericalismo

En España la gente no se ha enterado de que la Iglesia, el Papa y la frailería, tienen el mayor enemigo, y aún diríamos el único enemigo temible, en eso que el propio Pío X ha llamado «Modernismo Católico», contando de él, como del diablo, cuantas perrerías caben en pontificiales encíclicas.

Podríamos decir que el «modernismo» es el antijesuitismo; esto es, la escuela, hasta aquí informe y difusa en el cuerpo de la Iglesia, que considera como apostasia cristiana y como perversión moral, la tendencia de los papas a organizar la Iglesia en secta jesuítica, dividida en grados de *iniciados* incrédulos que van a su negocio, y de idiotas que se dejan llevar a ciegas al matadero, para servir primero de requetés verdugos, y acabar por ser desollados.

Esta escuela háse producido y se produce de aquellos espíritus a quienes la fatalidad de la educación hizo católicos; que aceptaron el catolicismo clásico enseñado en las escuelas a base de cristianismo, y lo practicaron con sincero entusiasmo, y que defendieron a la Iglesia por creer sinceramente que ella era el sostén del espíritu evangélico. Pero, luego que la vida les puso en contacto con la realidad, descubrieron el error, y vieron que si el Apocalipsis no es una profecía inútil, su Anticristo ha tenido y tiene concreta y exacta realidad en el Papado. Al descubrir este error, el católico se siente prisionero del Anticristo, y más el clérigo; y, o bien se decide a vender su alma al diablo a trueque de algunas prebendas y gajes, y entonces pasa a ser uno de tantos pelos del Anticristo, o bien trata de algún modo de librarse de él y de combatirlo.

Esta visión del Anticristo en la Iglesia, no es nueva en la Historia. Ya Servet escribió sobre ello un libro notabilísimo, de portentosa erudición: «Las sesenta señales del Anticristo»; y otros españoles del siglo xv y xvi, dieron el grito de alarma, antes que Lutero y Calvino *reventaran* (que esto hicieron y no otra cosa) el movimiento antiromano que rugía en el fondo del alma católica española, llevando un impetu arrollador que iba a dar al traste con el Papado y con todos los cachivaches de antaño.

Realmente, aquel movimiento del alma religiosa española era perfectamente *modernista*. Al frente de él hallábanse genios tan severos, tan macizos y tan bravos, como Pedro Martínez de Osma, precursor de Savonarola; el antijesuita Silíceo, arzobispo de Toledo; el colosal Juan de Vergara, brazo científico de Cisneros; el otro coloso Luis Vives, explotado y vendido por Ignacio; los geniales Valdeses; los Cazallas, los Carranza, y, en fin, la pléyade de gigantes del saber y de la probidad, que fueron cayendo uno tras otro bajo el certero golpe del Me-

mento de aquel tiempo y de su cuadrilla rulleca: el jesuitismo.

Ninguno de estos ilustres varones tenía la avilantez y procacidad de Lutero y de Calvino, que, como Loyola, todo lo fiaron a la *estridencia* y al complot político. Ni aventureros de la suerte, ni Barbarrojas religiosos, no fingían celo artificioso, ni sentían enojos disimulados, ni apelaban a la argucia y al sofisma, ni soflamaban las masas; su campaña era desinteresada, meditada, honda, lenta, veraz y honrada; y reconociendo en el catolicismo un gran tesoro de enesgias salvadoras, era su intento salvar este tesoro bienhechor purgando el cuerpo eclesiástico y eliminando los gérmenes aquellos mortíferos pestilentes, de los Colonas y Médicis, de los Borjas y Orsinis, de la frailería hipócrita, de la simonía desvergonzada, de la inmoralidad clerical, en fin.

Perdióse aquel *modernismo* del siglo xvi aún en sus nociones, *reventado* por el jesuitismo ingerto en España, y por el protestantismo en el resto de Europa. Pequeños focos aislados, que de cuando en cuando se produjeron, fueron ahogados; y así ha sobrevenido el siglo xx en que, reducido el poder del Papa, incapacitado para exterminar de un zarpazo sus víctimas, desacreditada su excomunión y más avisado el pueblo, ha podido renacer en todas partes, tomando en todas ellas el carácter peculiar de reacción del espíritu honrado religioso, contra el engaño y abuso dominante en la Iglesia del país, y aún dominante en cada círculo donde se movía el individuo.

Por esto que los abusos son innumerables, así en las teorías como en las costumbres eclesiásticas, por esto el Papa, al intentar definir el *modernismo* sin confesar su origen en las inmoralidades clericales, ha tenido que retorcer hechos e ideas para llegar a trazar un concepto general que contuviera las raíces todas de este movimiento de la honradez de convicción, contra la ficción de la fe; de la probidad, contra la hipocresía; de la sinceridad contra la simulación; movimiento, en fin, de indignación y de protesta del engañado contra la imposura de que vela ser víctima.

El propio Pío X, antes de ser Papa y aún al principio de su pontificado, parece haber sido *modernista*. Su vida de patriarca de Venecia, llevada a la apostólica, le granjeó la fama del *bonus vir* de que gozó. Alejado del chanchullo romano y del comercio político de la alta Iglesia, era una reprobación práctica de los grandes vicios del episcopado, dado a la intriga cortesana, a la lisonja de salón y a la raposidad ambiciosa. Su primera encíclica, en su propio lema, «a restaurarlo todo en Cristo», proclamaba de un modo asaz claro que la Iglesia y sobre todo la corte romana, se había desviado del camino de Cristo, y que por ello, y sólo por ello, era menester «restablecer» y «volver a encauzar» la conciencia católica.

Sus primeras medidas contra los gran-

des parásitos de la Corte Pontificia sembraron la alarma e hicieron temer una «revolución desde arriba» y una «reforma a capite» como la soñada por Adriano VI. Mas bien pronto se vió enredado en la telaraña romana; perdió de vista la antigua realidad, y al poco tiempo apareció la intemperante encíclica contra el Modernismo, proclamando en la Iglesia un espíritu del todo nuevo y una disciplina ferozmente jesuítica, devastadora de todo derecho de los súbditos, y entronizadora, así en el dogma como en la ley, de la más desenfadada tiranía, que trueca en *parias* a todos los fieles, y a la jerarquía la hace instrumento necesario de esta neroniana autoridad. Jamás la Inquisición se atrevió a establecer como armas suyas el espionaje ahora adoptado, ni la arbitrariedad judicial, ni la elasticidad de criterio jurídico.

Ocho años han sido precisos para que el jesuitismo, autor de esta nueva religión de cuadrilla, pudiera hallar la fórmula positiva y la expresión doctrinal sintética de tal actitud y de esta «restauración de todas las cosas en Nerón».

Esta fórmula ha sido la invención del llamado «sentido católico», distinto de la *fe católica* y de la *moral católica*; algo nuevo fuera de la moral y del dogma, y que los papas definen ser el *summum* de la perfección católica. Este «sentido católico» consiste, al decir de uno de los portavoces del Vaticano, en *sentir de todas las cosas lo que siente a cada momento el Papa*, haciendo omisión de la tradición doctrinal, del dogma establecido, de la defectibilidad personal del Pontífice, de sus veleidades, de sus falsas informaciones, de sus chocheos y aun de sus posibles locuras y apostasias. «Sentirse devoto con él o frío con él; irritado o contento con él; de buen humor o malhumorado según él lo esté; sentirse viejo con el viejo, y por ende chocho con el chocho, loco con el loco y hereje con el hereje. Sobre todo—dice el aludido papasero—el católico debe sentirse dispuesto a vaciar su bolsillo en las arcas de San Pedro, cuantas veces el Papa tienda la mano en petición de dinero».

Y con decir que el obispo es el Papa de cada diócesis y su antena; y que el párroco es antena del obispo y el papita del lugar, con ello queda dicho que el «sentido católico» de última invención, síntesis del antimodernismo, viene a ser la consagración de todas las inmoralidades, vicios y abusos de la jerarquía y la incapacidad de la Iglesia para limpiarse de ellos. Es el jesuitismo, que ha arrollado y corrompido toda la masa.

Con lo dicho en otros artículos, puede comprenderse que Miguel Mir era radicalmente contrario a este espíritu nuevo y a este «sexto sentido católico» que viene a sup'antar al sentido común.

En *Crisis de la Compañía de Jesús* exponía el notable memorial de corrupciones eclesiásticas elevado a Paulo III por la comisión de cardenales nombrados para tal objeto; memorial aplicable igualmente al clero de nuestro tiempo.

En el libro «Mística Parda» combatía magistralmente á los endriagos de la Piedad y de la Santurronería.

En la *Revista de Archivos*, exhumaba el *Memorial* presentado á Felipe II por un pespica dominico, describiendo con crudeza los medios pornográficos usados por los jesuitas para seducir las mujeres.

En su libro sobre Santa Teresa, van á verse cuadros vivísimos de escenas de aquellos tiempos que proyectan su luz sobre los presentes, y en los cuales Mir intentaba clavar afiladas saetas en la tequilla de este flamante catolicismo de mentecatos y de barbianes.

Era, pues, modernista con toda el alma, sin que hayan llegado á enterarse los modernistas extranjeros, entre los cuales difícilmente se hallará ninguno de la talla y mérito de Mir en el arte y habilidad de atacar al enemigo «desde adentro».

Sólo una vez, que recuerda, hicimos asunto de conversación el modernismo. Mir estaba grandemente documentado y perfectamente iniciado en la historia secreta de las encíclicas de Pío X, y me explicaba, con amarga risa, con risa de asco, quiénes eran los redactores de la encíclica contra el modernismo, la parte que en ella había tenido cada uno de ellos y las historias de cada uno de esos personajes. ¡Cuánta comedia! ¡cuánta pequenez! ¡cuánta miseria! ¡Con cuánto placer el P. Mir habría lanzado á la calle estas historietas capaces de enterrar en el ridículo los actos más ostentosos! ¡con cuánto placer habría arrojado este cieno á la frente de sus autores, si ello no hubiese comprometido á sus confidentes y si no hubiese vivido en un país muerto á toda actividad racional y sordo á toda voz redentora!...

Pero vivía en España, feudo del jesuitismo, que habría tomado pretexto de cualquiera arranque de valor, para mover contra Mir las potestades tenebrosas que gobiernan á España; los liberales de la excelsitud habrían tomado á chacota su gesto, y Mir habría sido la segunda edición de Verdaguer, que habría visto su genio condenado á la mendicidad, que es el ridículo máximo. Habría pasado á ser un académico-grotesco.

Por esto, como otros mil *modernistas*, selló sus labios con la discreción y frenó la pluma, permitiéndose alguno que otro desahogo como el del *Barrido hacia fuera* y *Mística parda*, huyendo la responsabilidad con el anónimo, y anticipando la *retractación externa* que le salvaba de la condenación por contumaz.

¿En su interior?... Ahí, en el reducto de su conciencia, Mir, no en balde educado por los jesuitas inventores de la *reserva mental*, seguía sosteniendo lo retractado.

En ese caso, la retractación venía á ser lo que el Tribunal Supremo de Guerra y Marina ha declarado que era el *acto* del soldado protestante del Ferrol, que se negó á arrodillarse en la misa. Nuestros tribunales declaran que «no es un acto religioso de la conciencia libre,

sino un acto de disciplina militar forzoso.» Esta teoría disolvente la inventó el jesuitismo. Se jura al exterior lo que interiormente se anula: y Mir hizo esto, como buen jesuita, desarmando con ello al jesuitismo que le espiaba.

¿Pruebas de esto?... Las poseo innumerables, que irán al público cuando la ocasión lo demande. Para el caso presente bastaría una, y es la *preparación secreta* de la traducción de su libro *Un barrido hacia fuera*, al francés, encargada por una sociedad editorial extranjera al desgraciado Enrique de Latorre, misteriosa y trágicamente fallecido dos años atrás. Servíale yo de intermediario. Estaba acordado ya el título de la versión: *Les Jesuites par un d'eux*. El trato había sido por escrito, en el verano de 1910, estando Mir en Mallorca y Latorre en la Península: faltaba sólo ultimar algunos detalles y revelar los nombres de ciertos personajes en el libro difuminados, lo cual debía hacerse en Madrid.

Latorre, corresponsal de *El Secolo*, recibió orden de hacer información de los sucesos revolucionarios de Portugal entonces sobrevenidos, y en este viaje halló la muerte. La prensa dió cuenta de haberse hallado en sus bolsillos una carta de Mir, y unas *Hojitas piadosas* de El MOTIN. El nexo entre éstas y aquella era esta negociación, que no debí mentar en vida del Padre Miguel. La muerte de Latorre cortó este negocio.

Mir, pues, no ha retractado nada de cuanto escribió contra el jesuitismo y contra la inmoralidad eclesiástica. Sus escritos en contra, son *actos de disciplina* y de *política*: no son actos ingenuos y morales: están sin valor alguno en el llamado *foro interno*.

Y con él piensan muchos eclesiásticos de todos grados y condiciones, que forman esa terrible pesadilla de Pío X, metido por los jesuitas en el callejón sin salida del *antimodernismo*, que le convierte en modernistas los dedos de la mano.

Mir era, pues, modernista, porque era honrado en su conciencia, y enemigo implacable de la superchería religiosa.

¿Qué hará con él, en vista de estas declaraciones, la curia eclesiástica de Madrid? ¿Abrirá proceso contra la fama ortodoxa de Mir, arrojando del cementerio su cadáver, que recogeremos nosotros? ¿Bonito escándalo, que no tendrán agallas de dar los jesuitas!

¿Harán caso omiso de esto y se dedicarán á difamarlo secretamente? He aquí en bancarrota los cánones.

El dilema queda planteado al obispado de Madrid. ¿O quedan ahorcados los cánones, ó se abre proceso contra Mir! ¿Cuál escándalo será peor?

S. PRY ORDEIX

Nota.—Me dicen que Severino Aznar, redactor de *El Correo Español*, ha desmentido algo de lo que he afirmado. Reconozco á ese compañero beligerancia para otros asuntos; para este no. Tienen

los jesuitas su *Debate* y su *Boletín* el obispo; con ellos podemos jugar á cartas y documentos: ellos con su baraja y yo con la mía. ¿Aznar...? No conoce siquiera el juego.

MINUTA

Con motivo de los crímenes del regicidio y de otros crímenes de que se acusa á los jesuitas, nosotros reproduciremos una anécdota curiosa. Es extraño que entre tantos folletos en que se ha acusado de asesinos á esos Padres, ni uno sólo haga mención de un rasgo, en verdad poco conocido, pero que los *revela* á sus enemigos. En Roma, en su iglesia de San Ignacio, los *padres* han pintado en los cuatros ángulos de su bóveda asuntos sacados del Antiguo Testamento, y esos asuntos son otros tantos asesinatos, ó por lo menos homicidios, cometidos en nombre de Dios por el pueblo judío: Jabel, que, inspirado por el divino espíritu, hundió un clavo en la cabeza de Sisara, á quien ella había ofrecido y dado hospitalidad; Judit, que conducida por el mismo guía, corta la cabeza á Holofernes, después de haberlo seducido y embriagado; Sansón, que aplasta á los Filisteos por orden del Señor, y por fin, David, que mata á Goliat. En el centro de la cúpula, San Ignacio, sobre un nimbo de gloria, lanza fuego sobre las cuatro partes del mundo con estas palabras del Nuevo Testamento: «He venido para prender fuego á la tierra ¿qué puedo desear sino verla arder?» Parece que si alguna cosa puede enseñar á conocer el espíritu de esa Asociación, con respecto á la doctrina criminal que se le imputa, esas pinturas serán una prueba más evidente que todos los actos que se presentan en esos asuntos, y que les son comunes, con tantos otros; pero la verdad es que esos principios, apoyados en apariencia por la Escritura mal entendida, son los de los fanáticos de todos los tiempos, y nosotros podemos añadir, de la mayor parte de los teólogos de partido, siempre que crean tener interés en reproducirlos ó poderlos predicar impunemente.

D'ALEMRENT

Entierro civil de un cura

Ha muerto en Barcelona el sacerdote D. Segismundo Prat, beneficiado de la parroquia de la Merced, figura muy popular entre los republicanos, víctima de la persecución eclesiástica más odiosa, que lo ha matado física y moralmente, y que cuando ya le tenía fuera de la vida na disputado con saña su cadáver, queriendo para sí un cuerpo que cuando vivía repudiaba con asco y acordonaba comoapestado vitando.

El caso de un cura que no había *renegado*, que no dejó jamás ni un moment-

los hábitos talarés, que nunca atacó á los dogmas y creencias de la Iglesia, y que, sin embargo, quiere que se le entierre civilmente repudiando el beso traidor que la Iglesia da á sus víctimas en la agonía, ha sido un caso insólito en Barcelona, donde el clericalismo tiene más vida y empuje que en muchos oscuros villorrios.

Prat, si creía en Jesús y en su Evangelio, no creía seguramente en la Iglesia vaticana, ni en sus jerarcas. Educado en la intimidad de los palacios episcopales, mosén Prat sabía muy bien lo que son los obispos, y cómo sienten y piensan. No podía amar aquello cuya deformidad oculta conocía perfectamente; no era posible que considerase oro de ley lo que era solamente talco y lentejuelas. El funcionamiento de los tribunales eclesiásticos no tenía secretos para él; por eso cuando veía á la venalidad y á la injusticia ponerse el antifaz de Severo Catón, mosén Prat se reía, y les dedicaba irónicos y gráficos epítetos.

La enumeración de las falacias, intrigas, abusos y atropellos que la curia episcopal cometió con mosén Prat, sería el alegato más formidable contra los tribunales eclesiásticos españoles, de cuyas garras sale siempre el cura sin pan y sin honra. Los magnates, los favoritos de la mitra, los que tienen la sartén por el mango en las madrigueras clericales, han triunfado en toda la línea anulando por completo á su víctima, y reduciendo á un pingajo social al que antes tenía salud, fortuna, prestigio é influjo.

Prat, si tenía defectos, pudo purgarlos en la Iglesia, sin la intervención de la saña, del escándalo y del odio inextinguible de sus colegas en ministerio; esto hubiera sido muy poco para la envidia de sus enemigos; era preciso matarle lentamente, dejar que el hambre y la deshonra fueran día por día dando una dentellada á su corazón para que el martirio fuera más largo y mas doloroso.

Mosén Prat, en sus folletos *Memorias íntimas* y *Recurso de Revisión*, ha dejado trazado admirablemente el calvario que le hicieran sufrir aquellos mismos que disputaron tenazmente sus despojos á la tumba sin cruz.

En aquellas páginas dictadas por la sinceridad y el ansia de reivindicación, se destaca vigorosamente la falsía, la dureza de entrañas, los procedimientos tortuosos que usan esos tribunales presididos por ministros del Dios de las misericordias y en el cual las sentencias condenatorias se lanzan *in nomine Jesu*.

¡Y lo que son los sarcasmos del destino! Cuando el desdichado mosén Prat era llevado al sepulcro que la generosidad del partido radical barcelonés le ofrecía, en Sevilla la exhumación de la carroña podrida del cardenal Spinola, gran perseguidor de clérigos, daba pretexto para que la vanidad y la soberbia eclesiásticas derrochasen honores, ditirambos y panegíricos en loor de aquellos que, aun después de estar convertidos en un montón de gusanos inmundos, quieren seguir usu-

fructuando las alabanzas y los homenajes del cortesano servil que les rodeó en vida. ¡Tan insaciable es la vanidad de la Iglesia!

La mejor loa al cardenal Spinola, removido ahora en su sepulcro para trasladarlo á más suntuoso mausoleo, hubiera sido repartir entre los concurrentes el folleto titulado *Atropello episcopal*, escrito por el sacerdote Francisco Martín Lázaro, y publicado en Sevilla en 1902, en el cual se ve á cuánta bajeza puede descender un hombre, aunque sea príncipe de la Iglesia, cuando lleva en el corazón la saña y el odio, en vez de la caridad y la misericordia. Procediendo de esta manera, no es extraño que los curas se entierren civilmente.

FRAY GERUNDIO

Anticlericales ¡ajo!

CAMPAÑA URGENTE

La *Gaceta* ha publicado una Real orden que dice:

La Real orden de 3 de Julio de 1906, (C. D. núm. 117), interpretando por manera fiel el espíritu y letra de la Constitución de la Monarquía, determinó con claridad y precisión aquellos actos, ceremonias y prácticas del culto católico á que, como función del servicio, tienen obligación de asistir, tanto las fuerzas del Ejército como las Comisiones de generales, jefes y oficiales que para esplendor de aquél fuesen nombradas.

A pesar del amplio criterio en que está informado el art. 9.º de dicha Real orden y de las recomendaciones que en él se hace á las autoridades, han surgido algunas veces, por fortuna muy pocas, incidentes enojosos, y para en lo sucesivo evitarlos, confirmando en todas sus partes los preceptos de la expresada Real orden, que queda en toda su fuerza y vigor, es la voluntad de S. M. el Rey (O. D. G.), se entienda aclarada en el sentido de que todos aquellos que en sus hojas de servicios ó filiaciones conste que no profesan la religión católica, apostólica y romana, quedarán exceptuados de asistir en los días festivos al acto de la misa, concurriendo á ella los católicos en la forma que se determine por sus jefes.—Dios, etc.,»

No es la misa solo un acto de adoración: toda función clerical implica lo mismo.

Sin embargo, algo es algo. En el siglo xx ya no es forzoso en España el ir á misa los soldados.

Esta Real orden es una invitación y llamada á todos los anticlericales á abrir una activísima campaña, donde deben medirse las fuerzas de ambos ejércitos: clerical y anticlerical.

En cada pueblo donde exista un sólo enemigo del jesuitismo que nos apesta, debe erigirse en apóstol de esta cruzada que puede asestar una puñalada de muerte al enemigo.

El modo de llevar al colmo esta campaña, es instruir á todo mozo que haya de ir á las filas, de lo que significa la palabra «religión católica-apostólica-

romana», haciéndole comprender claramente que esta profesión implica:

1.º la sanción y firma de todos los asesinatos y crímenes de la Inquisición.

2.º la aprobación de todas las perfidias, traiciones y atentados cometidos por los papas contra España en el decurso de toda la Historia.

3.º la solidaridad con todas las inmoralidades de la Curia Romana: supercherías, chanchullos, deshonestidades, robos y embustes.

4.º la defensa de los abusos que hoy está cometiendo en España el clericalismo.

5.º Es preciso hacerle saber que él va al Ejército en lugar del fraile exceptuado del servicio militar, cuyo privilegio habrá de defender con el fusil, en tanto que el fraile holgará con la beata.

6.º hacerle entender que el día en que todos los soldados hagan constar en sus filiaciones no ser católicos, el clericalismo quedará barrido de España.

El MOTIN insistirá cuantas veces sea preciso sobre este punto de cita al que el gobierno del rey emplaza las fuerzas clericales y anticlericales; y al efecto, quizás dedique á los reclutas una *Hojita*.

Anticlericales: ¡a cumplir valientemente con vuestro deber!

Lujo macabro

■ Leo en una curiosa estadística que los españoles nos gastamos anualmente diez millones de pesetas en entierros de lujo.

Hace tiempo que los españoles nos preocupamos más de la muerte que de la vida, exceptuando los que viven de la muerte: el clero y los frailes.

Advertencia administrativa

Ha dejado de ser correspondiente nuestro en Carcagente, Vicente Sanchiz, por haberse quedado con 200 y pico de pesetas que nos adeudaba de periódicos, libros y folletos.

Y lo hacemos público para que no caiga en la red algún otro periódico.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,
O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA
DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS
Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PRUEBA

ARTÍCULOS FIAMBRES

Los reptiles

Si no os lo pagan bien, tendréis derecho á quejáros.

Con vosotros hablo, genizaros de la pluma que defendéis á los polizontes acuchilladores. Cuando se sacrifica tanto, debe tenerse la noble ambición de exigir mucho.

Preguntádselo á la meretriz que sonríe cariñosa al viejo asqueroso que le paga, y que por agradarle remeda en el lecho pudores de niña.

Habéis ganado bien la soldada; si hubiera de estar el premio á la altura del servicio, mucho os debería el gobierno: insultos á los catedráticos, calumnias á los estudiantes, glorificación de la fuerza bruta... ¡Sois unos héroes de la indignidad!

Un epigrama sobre la sangre que mancha las losas del claustro, una cuchufleta sobre el lecho de los niños que agonizan... No todo el que quiere puede ser tan miserable.

Os lo repito, no seáis tontos, genizaros de la pluma, y que os lo paguen bien; no os confundáis con esos infelices que descienden á las alcantarillas y se llenan de...

(Aquí la palabra que expresa lo más sucio; no; que lo expresaba hasta ahora. En adelante, la palabra más sucia será esta: clerical.)

No, no seáis como esos desdichados polizontes que se contentan con dos pesetas en pago de sus innobles servicios: los vuestros merecen más, mucho más.

Nada de modestia ni de achicamientos; tened el orgullo de vuestras asquerosas cualidades, la conciencia de vuestro ignominioso valer. Y hablad gordo y taaos muy alto. Que el fondo de los reptiles quede exhausto. ¿Cuándo con más justicia?

La ocasión la pintan calva; si la desaprovecháis por nimios escrúpulos, os pesará luego. Sólo una vez en la vida se presentan estas gangas.

Tosed, pues, fuerte, y pedid sin miedo; que si vuestros amos os regatean un sólo céntimo, detrás de vosotros está España entera para repetir á coro:

«Es una ingratitud: todo el oro del mundo es poco para pagar los servicios que la prensa conservadora ha prestado al gobierno, revolcándose por disculparle del acuchillamiento de los estudiantes en los inmundos charcos de la difamación y la calumnia.»

Y España tendrá razón; que no todo el que quiere puede llegar á despreciarse tanto á sí mismo, á caer tan bajo, á respirar tan bien en la cloaca.

1884.

¡ARRIBA!

Hay que levantar el espíritu republicano. ¿Cómo? Por todos los medios.

No dudo que en un momento dado sea-

mos capaces de realizar algo grande; mas esto no basta: hay que estar dispuestos á realizarlo en todos los momentos. De los perseverantes es el triunfo.

Entre las muchas pruebas que podría dar de que el espíritu republicano está muy decaído. voy á fijarme en una, la más significativa; esta: el partido no cumple con su deber respecto á la prensa diaria.

De los periódicos de provincias no hablaré, porque es sabido que, el mayor número arrastra vida pobre; hablaré de los de Madrid, por ser también los que más conozco.

En Madrid los periódicos republicanos diarios se sostienen á costa de grandes sacrificios, de una persona ó de varias; ninguno tiene vida propia, ni aun reduciendo los gastos hasta más allá de lo debido. ¿No es esto una vergüenza?

¿De qué se trata en suma? De una peseta al mes en Madrid y una cincuenta céntimos en provincias. ¿Y quiere decirse si, por mal que esté un republicano (exceptuó á los que ganan un pequeño jornal) no puede dedicar esa cantidad al sostenimiento del órgano de su fracción?

Que los periódicos republicanos no están á la altura de los llamados de empresa en la parte de información... ¿Y cómo han de estarlo, si no se les ayuda? Todo lo que se relaciona con la doctrina y la propaganda puede salir relativamente barato; pero tener correspondientes idóneos en el extranjero, en Cuba hoy, y en las principales capitales de provincia, que telegrafíen cuanto ocurra, eso cuesta mucho dinero; y si los correligionarios no se suscriben al periódico ¿de dónde se saca para pagarles?

El periodista, para que pueda llenar cumplidamente su misión, debe estar bien retribuido. Quince duros, veinte, treinta... ¡Miseria pura! Y, sin embargo, ¡cuán pocos son los privilegiados que cobran la última cantidad, ni aun en los colegas que tienen vida propia! El que cobra veinticinco duros casi ha llegado á la meta. ¡Veinticinco duros! Tenga usted á un hombre trabajando intelectualmente todo el día, y déle cuatro pesetas para que reponga sus fuerzas y atienda á los gastos de su casa. Y si el periódico se hace de noche, peor: al retirarse por la madrugada cansado, desfallecido, con la perspectiva de un día más de angustia y privaciones, el periodista mira con envidia á los infelices que madrugan para dedicarse á un trabajo rudo que cansa sus músculos pero no congestiona su cerebro.

¿Cuántas inteligencias agotadas ó perturbadas en esta lucha por la existencia! Para uno que sale adelante ¡cuántos acaban ó se inutilizan! El que no la ha hecho, no tiene idea de lo que es esa labor de todos los días, realizada entre dos penurias: la del anterior y la del siguiente; lucha en que hay que pedir al café actividad cerebral, á la voluntad energía, milagros á la inteligencia.

Y hablo así, para ver si consigo llevar al ánimo de los republicanos el convencimiento de que tienen el deber de poner á la prensa del partido en condiciones de luchar con la llamada de empresa, y que redunde en perjuicio de todos el que nuestros periódicos no tengan vida potente, porque esto supone ó indiferencia ó pobreza.

Mal estamos los republicanos, porque ni vivimos del presupuesto, ni robamos, ni especulamos con nuestras convicciones; pero ¡por Cristo!, no tan mal que no pueda la mayoría sacrificar una peseta al mes.

¡Ni que fuéramos todos mendigos de profesión!

Hay, claro es, periódicos monárquicos que tiran menos ejemplares que los republicanos, y viven. Sí; pero ¿de qué manera? Subvencionados cuando su partido está en el poder, y arañando, cuando no, cinco duros de aquí y cinco de allá, ora de un reclamo, ora de un aplauso; vida mezquina é insegura que mata toda iniciativa, ahoga todo sentimiento grande y convierte al hombre inteligente en mísero traficante de ideas grandiosas.

Piensen en esto mis correligionarios, y hagan un pequeño sacrificio para que la prensa diaria del partido pueda competir en todo con la llamada de empresa.

1895.

Igualdad ante el fusil

¿Conque no queréis el servicio militar obligatorio para vuestros hijos, clases conservadoras?

Bien pensado: los azares y trabajos de la vida militar deben reservarse íntegros para los que carezcan de bienes de fortuna.

Ellos son los que tienen el deber de velar por los intereses sociales, según llamáis en vuestra jerga á lo que habéis heredado ó robado; los que están en la obligación de morir en esas guerras que el clericalismo, al que servís y ayudáis, promueve periódicamente en España; los que abandonando afecciones, carrera, oficio ó industria, deben empuñar el fusil para defender el orden de cosas que habéis creado en provecho propio.

Pero ¿vuestros hijos? ¿Qué sería de la sociedad si ellos no pudieran bailar el rigodón cuando les acomodase, asistir á las carreras de caballos, acompañar á las horizontales, codearse con los toreros y arruinarse al monte ó la ruleta en los centros privilegiados?

El uniforme militar enaltece y dignifica; quienes lo visten cumplen una misión honrosa y son los primeros entre los primeros; pero que se rellenen las filas del ejército con los hijos del Pueblo, pues los vuestros renuncian generosamente á tales honras y dignidades.

¡Ah, morralla que te enriqueces vendiendo bacalao podrido, prestando al 500 por 100 al Estado en épocas de apuro, comprando bienes de los frailes, vendiendo negros en Cuba, comprando blancos en España y entrando en toda clase de negocios sucios!

Si por haber tenido hasta ahora el privilegio de hacer cuanto te ha acomodado, mientras tanto infeliz estás en presidio por no haber sabido robar con la limpieza que tú, crees que esto va á durar siempre, ¡cuánto te engañas!

La hora de las grandes justicias sonará tarde ó temprano.

1887.

Comedia pura

Estábamos una noche en el teatro de Apolo tres amigos, hablando con Vico entre bastidores.

Los que trataron al eminente actor sa-

ben bien que era hombre de gran ingenio, y que hablaba casi siempre en broma.

Nos refería, mientras chupaba un cigarro, un chisme de teatro, haciéndonos desternillar de risa...

El drama que se representaba era uno (he olvidado el título), en que Vico tenía que entrar violentamente en escena, matar á una mujer y salir corriendo.

Cuando estaba más engolfado en su chistoso relato, le da la salida el tras-punte, pega apresurado la colilla en el bastidor, sale disparado con la rabia de la venganza pintada en el rostro, se para un momento ante su víctima, la increpa, la hunde el puñal en el corazón, vuelve por donde ha entrado, se para en firme, coge la colilla y reanuda tranquilamente el relato...

El público entusiasmado, frenético, de pie en las butacas, ¡que salga! ¡que salga! gritaba, y salió á escena cuatro ó cinco veces, y cada vez que volvía, soltaba una chirigota de aquellas tan comunes en él...

Al día siguiente la Prensa estaba unánime en reconocer que se necesitaba sentir con la vehemencia de Vico, para llegar al límite de la realidad en aquella escena.

¡Cuántas veces ha venido á mi memoria de algunos años acá la noche aquella, al oír á nuestros parlamentarios eximios lanzar frases terribles contra los monárquicos, adoptando posturas trágicas y subrayando gestos exterminadores, y verlos luego, á los cinco minutos, coger la colilla, es decir, charlar amigablemente con aquellos á quien habían tan horrosamente fustigado!

«Si fuera posible, me he dicho, que el Pueblo que se entusiasma al leer los discursos presenciara este, no volvería á coger una papeleta electoral en la mano, ó entraría en el que llaman templo de las leyes para silbar á su sabor á aquel conjunto de cómicos.»

¡Y si siquiera valiesen lo que Vico!

1905

Me van conociendo

Alguien me ha calificado de *incurable*. Ese me conoce.

Lo que sin duda ignora es que, aun estando en mi mano curarme, no lo haría. Tan á gusto estoy con mi enfermedad extraña.

Enfermedad con que nací al periodismo y que consiste en esto:

En mantener hoy en todas sus partes el mismo criterio que al comenzar.

En no dejarme seducir por la vana palabrería de personajes eminentes, cuando los hechos no las abonan.

En no pedirle á político alguno auxilio ó protección.

En sufrir los reveses mayores sin solicitar ni aceptar nada de mis correligionarios.

En no cobrar subvención de ningún Banco ó empresa.

En no inspirar mi conducta en intere

ses personales, ni sentir odios mezquinos.

En ver claro hace tiempo que ningún jefe republicano quiere la revolución.

En no transigir con los que aparentan desearla y la dificultan.

En no creer que deben guardarse consideraciones á los que, sean quien fueren, no se las guardan al Pueblo.

En no imitar á los que callaron cuando mandaban los conservadores y hoy gritan.

En no cantar palinodias cuando hay riesgo, ni echármela de perdonavidas después.

En no callar la verdad al Pueblo, víctima de traidores unas veces, de charlatanes otras y de tontos muchas.

En considerar más al republicano oscuro que en provincias sufre sin quejarse persecuciones rudas, que al farsante que aquí vocifera siempre en primera fila.

En no dejarme engañar por mentidas palabras de fraternidad y alianza que ocultan ambiciones ridículas.

En no prestarme á servir de comparsa á los que ofrecen regimientos, baterías y generales á porrillo, y llegado el caso no llevan un cabo segundo, ni ellos parecen tampoco.

En esto y en otras cosas parecidas consiste mi enfermedad; y dicho se está que es *incurable*.

La lástima es que no sea epidémica para ver si invade á ciertos republicanos que padecen las de *memex* y *cuquería*, *incurables* también.

1888.

Cacos con patente

Había en Sevilla un carnicero que, como tantos de su oficio en todas partes, robaba ferozmente en el peso.

Un compadre suyo con quien se emborrachaba á diario y al que le debía hasta favores de dinero, díjole un día:

—Compadre, muy bueno y muy santo que robe usted á todo el mundo, ¿pero á mí?...

—No lo puedo remediar, compadre—respondióle;—es ya una costumbre invencible. ¿Quería usted creer que ni la carne que mando á mi casa va completa?

Pues como aquél piensan muchos del gremio en Madrid, y ultramarinos, y pescaderos, y tahoneros, y carboneros... siendo pasmosa su aptitud para domesticar las balanzas.

Por más precauciones que el parroquiano tome no comprará nada en ciertas tiendas sin salir robado. Si perfeccionaran un poquito el sistema, muy poquito, bastaría pasar por la acera de enfrente para que se produjese el efecto. Y aun no estoy muy seguro de que no ocurra. Hagan mis lectores esta prueba: cuenten el dinero que lleven antes de emparejar con cualquier tienda de esas, repitan la operación después, y aunque esté la puerta entornada, vean si les falta algo. ¡Se descubre cada fenómeno en la ley de la atracción!

Bien estudiado el asunto y desechando prejuicios y apasionamientos, á la crea-

ción de la Guardia civil deben achacar⁸ en primer término estos males. Los campos, cierto es, no están ya infestados de bandidos; mas nos ha salido peor la cuenta, porque se han refugiado en las poblaciones; de rústicos, se han hecho urbanos (no se tome esta palabra en la acepción de hombre atento y de buenos modales). Para librarse de sus mañas en el campo bastaba con no viajar; en poblado no hay medio de evadirse, porque forzosamente hay que lidiar con ellos.

Y no es lo peor que roben con el mayor descaro y la peor forma posible, sino que pretendan luego pasar por modelos de moralidad. «El comercio honrado... La honrada profesión tal...»; como si pudiera llamarse profesión ni comercio al regateo ni al hurto á ojos vistas...

¡Y que no tienen humos los tales! «Nosotros pagamos contribución... nosotros levantamos las cargas del Estado...» ¡Mal fuego destruya sus tiendas con ellos dentro, si no son embusteros! Quien paga todo eso es el que entra en esas sucursales de Sierra Morena; ellos salen ganando siempre; hasta cuando sube del precio un artículo ó se aumenta un tributo. Si el aumento ó la subida es de 5 céntimos en kilo, cobran 15 más al parroquiano, ¡y vengan subidas y aumentos!

Preguntan algunos cándidos: «¿Pero es que no hay leyes que castiguen á los Candelas parapetados tras el mostrador?» No me atrevo á asegurar que las haya, aún cuando he oído decir que sí; ¡hay tanto miserable calumniador! Verdad es que, aún cuando realmente existan, sería difícil aplicarlas, ora por la indiferencia, ora por la resignación, ya por el egoísmo ó la cobardía de los perjudicados. Todos callamos; los simples mortales, porque ninguna autoridad nos atendería reclamando aisladamente; los tenientes de alcalde, que deberían ocuparse de esto, por no privarse en lo porvenir de los votos de esos honrados (?) que los llevan al Municipio, y muchos periódicos, por no perder lectores.

De esto se aprovechan esos que deshonran á los decentes de su misma profesión, y por esto no están en presidio. Si la prensa no los desenmascara constantemente y valientemente, las autoridades hacen la vista gorda y los robados callan, ¿qué han de hacer esos cacos con patente sino seguir robando, al pobre sobre todo, el alimento, la bebida y el combustible, sin perjuicio de envenenarle de propina con sustancias en mal estado de conservación?

Mas ahora caigo en que debo estar exasperando á una porción de sabañones en ejercicio; y como mi propósito no es otro que decir en letras de molde que entre los expendedores de artículos de comer, beber y arder hay mucho ladrón, como lo prueba, aparte lo que cada uno vemos y sufrimos, la prontitud con que se enriquecen, hago aquí punto, afirmándome y ratificándome en lo que he dicho. Y hasta en lo que he callado.

1898

Mi hoja de servicios

He atacado cual ningún otro republicano al clericalismo.

He sostenido en la prensa la campaña más dura que se ha hecho contra los conservadores.

He sido implacable censor de las inmundicias de los monárquicos.

He entrado en coaliciones y uniones republicanas, habiendo sido el iniciador y mantenedor de la fusión.

He combatido la formación de agrupaciones nuevas que sólo venían á satisfacer ambiciones personales.

Propuse en 1892 que reuniéramos dinero, por medio de cuotas semanales, con lo cual hubiéramos tenido á esta fecha muchos millones, que pudiéramos ahora emplear en algo provechoso para la causa.

Cuando murió Ruiz Zorrilla, indiqué que pactásemos junto á su tumba la unión revolucionaria.

He propuesto á quienes podían hacerlo que abriesen un empréstito en América y en España.

He tratado de que nos reuniésemos veinticinco ó treinta hombres, para obrar independientemente de los organismos directivos.

He iniciado y sostenido una campaña contra el carlismo, por ningún otro periódico igualada,

He propuesto que acudiéramos á cualquier punto los republicanos desligados de las jefaturas, sin ostentar otra representación que la propia, sin programa y sin más propósito que el de concertar los medios adecuados para traer la República.

He tratado de que los periodistas nos reuniéramos, para fijar la marcha al partido.

He rechazado cargos en organismos importantes.

No he solicitado ni siquiera un voto para mí, ni he buscado exhibiciones de ninguna clase; por evitarlas, hasta he renunciado á un banquete que querían darme en Madrid, y que hubiera formado época por el número y la calidad de los concurrentes.

He tronado contra todas las mamarrachadas y ridiculeces del partido: los banquetes, las veladas con música y lectura de poesías, los recibimientos con flores, palomas y banderitas.

Cuando ví que la libertad peligraba, me olvidé de mis peculiares ideas y le dije á Castelar: «Traiga usted la República, y trabajaré porque no la perturben los que piensan como yo.»

Ultimamente ideé lo de tirar unos sellos con los retratos de Orense, Figueras, Zorrilla y Castelar, para venderlos y ver si así lográbamos reunir unos miles de duros, que yo no manejaría. ¿Para qué? No me atrevo á decirlo. Este es mi secreto... á voces.

En fin, que no he dejado de proponer lo que yo no podía realizar por mí propio, ni de intentar lo que en mi mano estaba, ni de prestar mi concurso en lo

que juzgaba práctico para llegar á donde deseamos, ni de impulsar á los que desmayaban, ni de fustigar á los que detenían á los demás.

Claro es que todo esto nada vale ni representa, comparado con lo que he debido hacer, ni con lo que han hecho los que comprometieron en empresas, más heroicas que bien preparadas, su libertad y su vida. Pero entre los que nos hemos dedicado a mover la lengua ó la pluma, deseo conocer al que haya hecho más que yo.

Y basta de gloria.

Pero antes que se me olvide.

De varios años acá, siempre que he visto ejecutar en los circos el trabajo ecuestre... (no sé como se llama ese en que sale el artista vestido de harapos y se va despojando de ellos hasta quedarse en un traje brillante y lujoso), he estado á punto de compararlo conmigo; no lo he hecho, por parecerme un poquito pretencioso; pero pensarlo, sí lo he pensado. ¿Quién está exento de debilidades? Y lo he pensado, propinándome á continuación este comentario, que no es adulador, porque es justo:

Despojándome de los harapos de la pasión política ¿qué queda de mí? Un hombre que ha tronado contra todas las injusticias sociales y que no desea siquiera que sus correligionarios le hagan justicia.

1900

La vida del español

Oye ruido, despierta asustado, se palpa una y otra vez para convencerse de que está vivo, y exclama: «¡Bendita y alabada sea mi buena fortuna que se ha dignado permitirme llegar al día de hoy!»

Toma el desayuno, y al ver que las sustancias adulteradas que ha consumido no le matan instantáneamente, se olvida de que los vendedores le han robado en el precio, en el peso y en la medida.

Se echa á la calle, y tropieza con tres curas, ocho frailes y veinte hermanas de la caridad, lo cual lo pone de un humor negro, preocupándole para todo el día.

Va á visitar á un amigo con quien tomó café la noche anterior, y se lo encuentra expirando, merced á unos garrotazos que le administraron unos atracadores al retirarse á su casa.

Va á ponerse á almorzar, y recibe un atento B. L. M. en que le suplican que deposite una cantidad de dinero en sitio determinado, amenazándole en caso contrario con asesinar á su hijo.

Llega el recaudador de contribuciones, y por veinte conceptos distintos le saca veinte veces los cuartos, y si se hace de pencias, le embarga las fincas.

Vuelve á salir á la calle, y tropieza con la policía que no ha sabido encontrar á los autores de un robo cometido la noche anterior, pero que confundiendo á él con un criminal, lo conduce al gobierno civil.

Cruza de una acera á otra, y un coche ó un tranvía lo deja magullado ó perniquebrado.

Le roban el reloj y el dinero que lleva, pero tales cosas oye decir de la administración de justicia, que prefiere perderlo á caer en manos de la curia.

Tiene que evacuar un asunto en las oficinas del Estado, y pierde el tiempo, la serenidad y la paciencia entre antepasados, torpezas y malos modales.

Necesita alejarse dos varas y media de la población, y sabiendo cómo están las líneas férreas, se despidió de sus amigos y hace testamento cual antes los que marchaban á Ultramar, quedando la familia encargada de celebrar rogativas por su feliz vuelta.

Toma un periódico para distraer sus amarguras, y lee que un cajero se escapó con los fondos, que las carpetas de la Deuda están falsificadas, que varias cartas con valores han sido sustraídas en Correos, que circulan monedas y billetes falsos, que acá han asesinado á un hombre y allá á una familia, que en tal punto han robado, que en tal oficina han desfalcado, y que en varios pueblos á la vez se niega sepultura á los cadáveres ó se les desentierra y se les lleva de una parte para otra.

Tira el periódico y se dirige á la cama; pero antes, linterna y pistola en mano, escudriña los rincones de su vivienda, la cueva y los tejados; forma una barricada con los muebles tras de cada puerta y cada ventana, después de echar cerrojos, llaves y candados; se acuesta vestido, tarda horas y horas en dormirse, y cuando el cansancio y las emociones le cierran los ojos, sueña con la tranquila y hermosa vida que llevarán los ciudadanos de otros países donde no imperen el orden y la moralidad de la España de estos tiempos.

Amanece, despierta y vuelve á empezar, hasta que un berrinche, un envenenamiento ó un trabuazo le abren las puertas del cementerio.

¡Y viva la restauración!

1883

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

DOS PESETAS

Se ha puesto á la venta este libro.

No lo busquen en las librerías, porque SOLO HAY UNA EN TODA ESPAÑA que se atreva á llevar libros de esta casa:

La de Gregorio Pueyo, (Mesonero Romanos, núm. 10.)

Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,
POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona
DON JUAN LAGUARDA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.

Los obispos

por
ROBERTO ROBERT

«Se les hizo entrar en el río Onieper con agua hasta la cintura; las madres llevaban á sus hijos en brazos. A una y otra orilla del río se colocaron los sacerdotes, que recitaron las oraciones correspondientes.»

La Historia no dice si hubo pocos ó muchos monagos en aquella solemnidad, ni si se les dieron muchas propinas; pero si hace constar que *«en aquel gran día los cielos y la tierra se estremecieron de placer.»*

De aquella operación, en que se puso á tanto bárbaro en remojo para que los clérigos pescaran sus almas á bragas enjutas, resultó que, cristianado el reino, el monarca ordenó que en lo sucesivo los monjes, los clérigos, los médicos, los li-siados y los hospitales, no dependiesen del poder civil, sino del eclesiástico, y los obispos fueron declarados jueces en muchas materias; por ejemplo: en los pesos y medidas, en las causas de envenenamiento, en las profanaciones de lugares sagrados, en el despojo de sepulcros, en la idolatría, en las injurias deshonestas, en los matrimonios ilegales, en lo que se verificase por medio del arte mágico, y en otros asuntos.

¡Lástima grande que Rusia viva en la herejía y su soberano se obstine en ser Papa con igual constancia á la que en Roma pone el Papa en ser soberano para bien de sus reducidos pueblos!

Pescaron los obispos á los rusos para la religión cristiana; pero no los pescaron para la católica romana, lo cual me induce á creer que debió de inventarse en Roma aquello de «no se pescan truchas á bragas enjutas.»

Larga tarea sería el referir los grandes, sólo los grandes sucesos ocurridos á los obispos en el siguiente siglo.

Fuerza es renunciar á ello.

Sucedió entonces lo que tantas otras veces ha sucedido: que se generalizó la equivocada idea de que era necesario moralizar al clero.

El pontífice mismo, Gregorio VII, incurrió en ese error, fué víctima de esa ilusión y comenzó á dictar disposiciones con ese objeto.

El buen arzobispo de Maguncia reunió un sínodo en Erfurt y ordenó á sus clérigos que renunciasen al matrimonio ó renunciasen al sacerdocio.

Los buenos sacerdotes no podían comprender que la cosa fuese de veras. Tardaron mucho en convencerse de la verdad; pero una vez convencidos, comenzaron por suplicar al prelado que no les obligase á abandonar á sus esposas.

—¿Quién nos cuidará la ropa? decían. ¿Quién nos guisará nuestros frugales alimentos? ¿Quién proveerá nuestros templos de monagos?

El arzobispo inflexible les contestaba:

No hay que hacer dengues; ó solteros ó paisanos.

Desesperados ellos al ver que se les privaba inhumanamente de la mujer y los hijos, de todo lazo de familia, que tan gratos les eran entonces como indiferentes les son hoy día, propusieron unos arrojar al arzobispo de su sede, y otros, pensándolo más detenidamente, opinaron que tal vez sería más conducente matarle.

—«¡Que muera, decían, que bien me recido lo tiene! Es necesario dar un »grande ejemplo á la posteridad, para »que ninguno de sus sucesores se atreva »á intentar semejante cosa contra los clérigos.»

El buen arzobispo, al verles tan fuera de sí, les suplicó que se calmasen; les prometió enviar un mensajero á Roma; les dijo que entre tanto continuasen ejerciendo como maridos legales, y que él pediría al Papa que revocase la orden.

Achacaron algunos á debilidad su benevolencia; envalentonáronse como era natural, y los motines clericales menudearon con tales caracteres, que los sacerdotes de Paesau apalearon á su obispo.

El que lo era de Constancia, escarmentado en las espaldas del otro, no quiso correr igual suerte, y al contrario, fué vitoreado al publicar el bando en que daba licencia á todos los sacerdotes para contraer matrimonio.

¿Sería ajeno á estos disturbios el oro inglés?...

Jum... ¡qué sé yo, qué sé yo!...

En Alemania, á poco de mediado el siglo XI, el arzobispo de Colonia y el duque de Baviera, se apoderaron del príncipe Enrique, hijo de Inés, y se constituyeron en regencia del imperio.

El arzobispo dió en seguida un decreto anunciando que el obispo en cuya jurisdicción residiera el rey, tendría la principal dirección de los negocios públicos. A poco se encargó de la educación de Enrique el arzobispo de Brema, que se llamaba Adalberto, y «entonces, dice el historiador católico Gaillardin, merced á »la conducta y lecciones del arzobispo, »comenzaron todos los vicios del rey y »todas las corrupciones del reino.»

El arzobispo de Brema y un jovenzuelo amigo del rey, llamado Warner, se hicieron dueños del imperio, vendieron todos los empleos y cargos públicos, así civiles como eclesiásticos, á tan alto precio como bien les pareció; desposeyeron á los pobres abades, y entregaron á los duques y también á los obispos los despojos de los conventos.

En 1065 fué declarado el rey mayor de edad, y poco después una asamblea política, reunida en Tribur por los arzobispos de Colonia y Maguncia, exigió del rey que desterrase al arzobispo Adalberto, pues de lo contrario estaban resueltos á destronarle.

El rey consintió, y los dos arzobispos mencionados tomaron la dirección del reino. Desgraciadamente en aquellos tiempos de paz, virtud y justicia, sucedían cosas semejantes á las de los tiempos modernos, y así fué entonces.

En 1069 el rey levantó el destierro á Adalberto, echó á cajas destempladas á los otros dos arzobispos adversarios suyos, y duques y condes y obispos cobraron unos los medros que perdieron los otros en aquel cambio.

Digo obispos, porque no se puede dar un paso por la historia de aquella época sin tropezar con alguno de ellos.

¡Ah! ¡Qué tarea, qué brillo, qué brillo de entonces!

En 1063 se celebra un concilio en Roma, que por milésima vez dicta severas penas contra los sacerdotes simoníacos y concubenarios.

El Papa se pone en jarras y envía á Francia como legado al cardenal Damiano con una carta, en que dice á los arzobispos de Reims, Sens, Tours, Burges y Burdeos, que si no obedecen como á su propia persona á su mensajero, les deja cesantes á raja tabla.

En 1068 otro legado corre á celebrar concilios, y en Francia y en el Mediodía de España se revuelve todo para reformar y mejorar las costumbres del clero, desde el obispo hasta el sacristán.

Al propio tiempo Guillermo de Normandía entra como conquistador en Inglaterra y deja sin sueldo y sin destino á los prelados anglo sajones, á quienes el Papa mismo, quizá por malos informes, había acusado de ignorantes, corrompidos y venales.

A los dos años el Papa cita, llama y emplaza para que se presenten en Roma los arzobispos de Colonia y Maguncia y y el obispo de Bamberg á responder á los cargos que contra ellos resultan sobre haber obtenido á precio de oro sus mitras y haber vendido á precio de oro las demás dignidades eclesiásticas.

¡Ah, qué Gregorio VII aquel!

Los obispos llegaron á coaligarse todos en contra suya; pero él, que había tenido agallas pontificias suficientes para excomulgar al poderoso emperador de Alemania teniéndole á las puertas mismas de Roma, destituyó á manotadas obispos y arzobispos, enviaba legados á toda Europa con poderes para destituir á todo prelado que no anduviese recto, y todo el mundo cristiano resonaba con el estrépito de mitras y báculos que desde las mas empingorotadas metrópolis caían en los abismos de la excomunión.

El Papa mismo confiesa que todos los obispos, á excepción de poquísimos, *exceptis perpauis*, le desobedecieron.

(Continúa).

Imp. de Domingo B. nco, I. d. n. d. El.—Madrid.